JULIO PRIETO CORREA

¡EL IMPERIALISMO YANQUI NOS ABSORBE!

BIBLIOTECA
SECCION CHILE

Aceptamos gustosos la amistad de Estados Unidos, pero repudiamos enérgicamente su predominio, que es absorción.

La América Latina

Precio $ 2

CHILE
Imprenta y Enc. El Ideal, Nva. Imperial
1928

Queda hecho el depósito que ordena la Ley.

A mis amigos y ex-compañeros del Ejército.

El autor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

INDICE

	Página
Capitulo I.—¿Union moral?	5
Capitulo II.—La farsa de 1928 en La Habana.....	15
Capitulo III.—El parto de los montes.....	26
Capitulo IV.—La Centinela de Monroe	37
Capitulo V.—El arbitraje yanqui en Tacna y Arica	47
Capitulo VI.—Problemas inquietantes para Yanquilandia	56
Capitulo VII.—El negocio de la entrada de Estados Unidos a la Guerra europea del 14.	64
Capitulo VIII.—La absorción	70
Capitulo IX.—La defensa	77
Capitulo X.—Consideraciones finales	87
Capitulo Unico.—Vision del futuro.—La guerra entre la Confederacion Latinoamericana y los Estados Unidos de Norte-América.—Los nuevos elementos de destrucción....	100

¡EL IMPERIALISMO YANQUI NOS ABSORB

CAPITULO I

¿Unión moral?

Se ha celebrado en La Habana, la sesta de trascendentales reuniones a que, periódican te, convócase a los pueblos norte, centro y su americanos.

En todos los tonos se ha repetido que ta asambleas internacionales, persiguen «la unidad moral» de los pueblos del gran hemisferio occidental, desde Alaska hasta Patagonia.

Se ha pensado talvez, con cortas visuales que el Atlántico constituye una línea divisoria definitiva entre América y Europa.

En el afán de hacernos ver tal cosa, Estados Unidos recalca, en toda oportunidad, que los países latinos-americanos están ligados con él, por

ículos de diversa índole. Bien vistos,
chos vínculos no son, más que brazos
os de pulpo, que están obrando funes-
succionando sin piedad nuestra vitali-
fuerza de voluntad y amenazando con
rnos de la lista de naciones libres y so-
s.

cambio, no podríamos desentendernos de
ículos raciales, que generan esa fuerza
va capaz de imprimir un dinamismo im-
so a los pueblos y que nos unen a las po-
ones latinas de gran parte de la Europa. Co
mpoco podríamos hacer tabla rasa, de los
culos afectivos que nos acercan a cierta gran
ión del Extremo Oriente.

La unidad espiritual absoluta de las dife-
razas no es concebible.

Las realidades nos hablan de abismos entre
las.

La humanidad estrechada en un solo abrazo
raternal, es una ilusion que balagará por mu-
chos siglos la sentimentalidad de los discípulos
de Comte.

La Suprema Fuerza que rige el Universo, ha
trazado vigorosamente el designio de las agru-
paciones ya definidas de hombres.

Vemos allá en la lejanía de los tiem intro-
procesos imponentes de la formación de ca la
cionalidades; el flujo y reflujo de las as es-
marcas bañando los continentes; trabad nella
las razas la lucha terrible por el suelo; tura
das vandálicas sembrando el terror y el e sin
a traves de los llanos y las montañas; la fije-
na corriente arrasando con las tribus pac s y
y prósperas. e

La sangre de las actuales naciones se g
en el transcurso milenario que duró la alea-
de las razas. La mezcla de los hunos o mong è
de Atila o Etzel, gèrmanos godos, hèrulos,
dalos, longobardos, burgundos, romanos ó s
nos, francos, etc. diseñó las nacionalidades
presente.

Cabria, parangonear someramente la actu
sangre esencial de los pueblos latinoamericanc
con la de los estadounideuses.

Razonablemente reconocemos, que no sería
bien intencionado, el atribuir con ligereza a de-
terminada nación de hoi dia, carácteres adver-
sos, peculiares de las razas o tribus originarias
antes nombradas. Pero sí, podemos afirmar la
influencia de los anglosajones en la formacion
de la nacionalidad de los habitantes de Estados
Unidos; pues esa antigua tribu del Elba inferior,

o de la mezcla de queruscos o sajones, uosos, tercos, absorbentes, etc.; con los tambien de ascendencia germánica y nto, con características análogas a aque- constituyò la «materia prima», de nues- hermanos» los yanquis de noi.

aleacion de los colonos de Walter Raleigh, ermo Penn y de otros colonizadores; con roqueses, osagios, natchez, sioux, etc., tri- indíjenas de detestables costumbres y de ex a moralidad y carácter; aumentada en los os XVI y XVII con los bucaneros, filibus- os o corsarios ingleses, franceses y alemanes, e asolaron las costas norteamericanas, dieron último toque al diseño de la actual naciona- lad de la gente que puebla la actual Gran Re- ública del Norte.

En cambio, la sangre de los pobladores de los paises latino-americanos fué un legado valioso de los griegos y los romanos con sus caracterís- ticas excelsas de pueblos elejidos; los SELECTOS VISIGODOS, sanos, altruistas, sinceros, valerosos y emprendedores (1); los árabes, abstraidos, ecuá

---

(1) Se argüirá que los visigodos fueron originarios de los go- dos y que éstos a su vez lo fueron de los más antiguos germa nos de Skanz (Escandinavia) segun la obra de Jordanis. Pero, aun cuando esto es solo una hipóteris, si la concediéramos,

nimes y valerosos hasta la temeridad, que introdujeron en el siglo X en la Peninsula Ibérica la civilización mas brillante, que hizo que las escuelas y Universidades de España de aquella època, fueran los principales centros de cultura de la tierra; los moros, resueltos, guerreros sin igual en los combates; y finalmente los indíjenas americanos, la mayoría, con los razgos y virtudes características de las razas fuertes e indomables.

El paragón favorece ampliamente a los pueblos de habla portuguesa y española de la Amèrica.

Existe entonces una valla insalvable de razas y carácteres, que pone atajo a la idea de «unir moralmente» estos pueblos.—Desde México al Sur, aceptamos de los Estados Unidos solo relaciones comerciales, mantenidas, en todo caso, a traves de una puerta de la cual nosotros manejaríamos la llave. Repudiamos los explotadores y los redentores.

Nuestra torpe indiferencia o quizàs la falta de capitales, nos ha hecho mirar con desdén las riquezas naturales fabulosas que abriga nuestro

---

no influiría por la enorme e imprecisa lejanía, en la ascendencia racial hispana.

continente. Hemos descuidado el principio que orienta la política minera yanqui y que se encuentra sintetizada en las siguientes palabras de un prestigioso geólogo norteamericano: Dice: «Hecho de alta significación, que la guerra ha puesto de manifiesto, aunque todavía se descuida a menudo en las discusiones, es la justa posición de esferas políticas y comerciales de influencia. Los capitales ingleses y los nuestros (los yanquis) desempeñan papel prominente en el dominio comercial de la provision de minerales en otros paises. El predominio comercial en el extranjero, a menudo trae consigo importante influencia política, y la extension de la influencia política tiende más y más cada dia a concentrarse en las esferas comerciales determinadas por la producción de materias prímas.»

Así es fácil explicarse, el marcado interés de protejernos que despiertan en los Estados Unidos los ricos yacimientos petroleros y los minerales, de plata de México; los nuevos campos de producción de la preciada sustancia betuminosa de Amèrica del Sur; el manganeso del Brasil; el vanadio del Perú; las riquísimas minas de estaño de Bolivia; el 14 % de la producción universal del cobre procedente de Chile, como igualmente el famoso nitrato fertilizante; etc. etc

Esto, en el campo de la minería; ahora si miramos hacia la enorme cantidad de productos agrícolas que fructifican en las zonas climatéricas más variadas de América del Sur y que son exportados a la Gran República Norteamericana. Si nos detenemos, finalmente, a considerar el capitulo de importaciones de los Estados Unidos a este continente, que alcanzaron en 1923 a mil millones de dólares, y las exportaciones, que ascendieron ese mismo año a seiscientos sesenta y ocho millones, tendremos entonces una idea vaga, de donde emana ese interés de los yanquis por «unirse moralmente» con las naciones latinoamericanas.

I lo mas digno de observarse, es que, mientras Estados Unidos pretende interponer una barrera inexpugnable entre América Latina y Europa, aquel pais intenta abrirse campo en este último continente. Oigamos la palabra de una eminente personalidad yanqui: (1); «Las naciones europeas estan unidas a nosotros por íntimos vínculos de índole personal, industrial e intelectual. La Gran Bretaña, Italia, Francia y Bélgica deben colectivamente a nuestro Go-

---

(1) 1924 Mr. George W. Wickershan, jurisconsulto, Fiscal General de los E. E. U,U. Gabinete Presideute Taft.

bierno alrededor de diez mil millones de dóla-
res. Las naciones europeas deberian comprar
anualmente dos o tres mil millones de nuestros
productos. Mientras no se estabilicen las condi
ciones económicas de Europa, los agricultores
de los E. E. U. U. se verán en la imposibilidad
de colocar una gran proporcion de sus produc-
tos, y los manufactureros de ese mismo pais, no
tendrán mercado para el exceso de su producción,
por lo que estamos dispuestos a apoyar con en
tusiamo una administración que reafirme la au
toridad moral de esta nación sobre el mundo.»

¡Tiene pues, su explicación el ardoroso empe
ño de los anglosajones del norte, para «unirse
moralmente con sus «amados hermanos» del
sur!

El intelectualismo yanqui usa epítetos durísi
mos para los que osamos «aclarar estas figu-
ras.» Les da en el estómago la exposición de es-
tas cosas; no quieren que la latina América se
dé cuenta de sus manipulaciones imperialistas.
Por eso que «echan a la cancha» a sus mas jies
tros doctores en letras o catedráticos de la Prin
ceton, Yale, o Harvard Univérsity, para que, ha
ciendo uso de los mas variados recursos de
dialéctica, fustiguen sin piedad, todo aquello
que pueda significar una revelación del plan

egoista y siniestro de explotación y absorción que inspira a la política de los Estados Unidos.

El discurso pronunciado por Mister Charles E. Hughes, Secretario de Estado de los E. E. U. U., el año 1923 en Filadelfia, con motivo de la celebración del Centenario de la Doctrina Monroe, es una exposiciòn de encantadores principios que—segun afirma—inspiran a la política de su patria en sus relaciones con la Europa, las naciones asiáticas y las repúblicas hispano-americanas.

«Deseamos la independencia, la paz y el progreso de todas las repúblicas americanas en grado no menor que ellas mismas,» dice. «I para que veau ustedes que digo la verdad—podriamos agregarle nosotros — ahí está el desembarco de nuestras tropas y los atropellos inauditos que cometimos en Santo Domingo; ahí está la anexion irritante de Nuevo México; ahí está la incorporación abusiva de Panamá; ahí estàn en fin —los casos palpitantes de Puerto Rico, Cuba, Nicaragua, etc. Ustedes nuestros «ner manos» no pueden dudar de nuestro amor por la causa panamericana. Si hemos intervenido y seguiremos interviniendo, si hemos atropellado y abusado de nuestro poder, ha sido porque a los Estados Unidos inspiran elevados sentimien

tos de amor paternal hácia las jóvenes repúbli-
cas hispano-americanas y...porque—¡qué diablos!
—figuramos en el concierto de las naciones co-
mo «potencia mundial de primera categoría.

CAPITULO II

La farsa de 1928 en la Habana

«La conferencia, el mejor de los instrumentos diplomáticos, no tiene el poder mágico de elimicar convicciones nacionales profundamente arraigadas.»(1)

Esto lo ha afirmado un representante autorizado del Gobierno de los Estados Unidos.

Sin embargo, este pais ha llegado hasta el seno de las seis reuniones americanas, a hablarnos de la sinceridad de sus actos; haciendo alarde que acude a ellas, inspirado en sanos propósitos de allanar dificultades, de suavizar asperezas y de imprimir fuerza desinteresadamente a la unidad de accion de este hemisferio, desentendiendose, si fuere preciso, aun de esas «convicciones profundamente arraigadas,» como serian,—se-

(1)—Palabras del presidente de la Delegación yanquee a la VI Conferencia Panamericana.

gun lo entendemos,—los principios de politica externa basados en la famosa Doctrina Protectora que, dicho sea de paso, es repudiada por la opinion universal.

Pero desgraciadamente no hai lealtad en aquellos propósitos. I la causa próxima la vemos en la injustificada concurrencia a estas reuniones de pequeñas repúblicas, de una potencia cuyos intereses esenciales marchan en sentido opuesto a los nuestros. Como tambien divergen diametralmente sus aspiraciones, idiosincrasia, ambiciones y problemas.

Digamoslo de una vez: ES UNA FARSA DESCONSOLADORA LA PARTICIPACION DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LAS CONFERENCIAS DE ACERCAMIENTO DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS.

Con argumentos desteñidos, usando la sutilidad que emplea el gato con la laucha, balagando con frases lisonjeras nuestro espiritu generoso, adoptando actitudes histriónicas de falsos pretendientes; asi, latigudamente, con diabólica sonrisa, se nos dejan caer en nuestras reuniones, a hacer sin tapujos, el papel del convidado de piedra. I nosotros los grandes crédulos, los eternos quijotes, nos emocionamos sobremanera con el alto favor que nos dispensa el Gran Protector y con beatífica uncion, abrimos la conferen

con loas de admiración i respeto en su honor (1)

Es natural y explicable, que los Estados Unidos alienten estas conferencias panamericanas que se han venido celebrando cada cinco o seis años.

Facilitando el intercambio comercial; elaborando proyectos de salubridad pública, de educación; propendiendo al mejoramiento y aumento de las vias y medios de comunicación entre las Américas, ganan mas que nadie ellos mismos, pues dejan expeditas las puertas para aumentar enormemente su comercio con sus vecinos del hemisferio.

Podemos tener la seguridad de que los Estados Unidos nos representarán continuamente su cooperación a la obra de engrandecimiento y progreso de nuestros paises. Callarán si, con cuidado, las orientaciones bien definidas de la artera política imperialista que sustentan con respecto a nosotros aquellos pseudoprotectores.

Es harto curioso observar en las tales conferencias panamericanas, la actuacion de las delegaciones yanquis. Toda proposicion que emane

---

(1).—La sesion de la Conferencia de La Habana, se abrió con una mocion de homenaje y simpatía al Presidente Coolidge

de ellos, tiende descubierta o encubiertamente a una próxima finalidad interesada.

Cuando estampan sus firmas a un acuerdo, lo hacen con gran ventaja. En cualquier momento ellos podrán hacer respetar lo pactado. ¿Donde está la fuerza que podría garantizarnos a nosotros idéntica seguridad?

Por otra parte, los hábiles diplomáticos del pais del dólar, saben substraerse admirablemente a las obligaciones embarazosas. Jamas se comprometen a nada, que pueda significarles a posteriori una acción forzada. I cuando dificultan la mas leve dificultad, apelan al recurso más cómodo: lo suscriben «con reservas.» Por lo general, éstas desvirtuan el fondo del asunto; pero ellos alegan siempre que a eso se le da demasiada importancia...

«Reservamos nuestro criterio para actuar en la ocasion según nos lo permita nuestro concepto del deber» (1); Esta opinion la sostienen en todo momento.

Imbuidos en tal doctrina, los gobernantes de Estados Unidos han autorizado acuerdos, convenciones o tratados con sus vecinos del sur de esta mitad occidental del mundo. Huelga

---

(1) Palabras de un eminente estadistico norteamericano

mar que esos convenios son nuevas amarras a la riqueza de estos paises. Cuando no son franquicias de toda índole para ellos, o ratificaciones de tratados comerciales que les significan pingües negocios (1); son sencillamente un método nuevo para hacer mas expedita la explotacion de nuestros bienes naturales por los grandes sindicatos del Wall Street neoyorquino.

Se ha llegado hasta creer,—no sin motivos,—que en sus encubiertas proposiciones, va siempre envuelto el egoista propósito de propender al incremento de los intereses yanquis esparcidos en el territorio latinoamericano. ¡Cuando no los inspira el bajo anhelo de salvaguardiar solo los millones que nos tienen prestados!

A pesar de predominar acentuadamente estas ideas en una parte apreciable de la opinion pública de América Latina, llegaron las jóvenes repúblicas a participar por sesta vez, en una conferencia panamericana a la que concurrian tambien los anglosajones del norte.

Seria injusto censurar a los gobiernos de nuestras repúblicas.

Obraron cuerdamente. Mas que eso, obraron sabiamente.

---

(1) El petróleo mexicano

Habría sido una torpeza sin nombre, ponerse testarudos ante la poderosa sugestion de la Casa Blanca.

El no participar en esa reunion solemne, que iba a ser dignificada con la presencia del Dios-Presidente, habria significado arrostrar sus iras.

¡Infeliz de la república rebelde! Mal con el Arbitro de oficio, (1) la balanza de la justicia arbitral correría el riezgo de inclinarse en su contra. Mal con el Banquero Oficial, habia el peligro de una restriccion en la dòsis de dólares de sus empréstitos.

Cierto que en la V Conferencia de Santiago de Chile se registró la inasistencia de México, Perù y Bolivia. Pero el primero estaba mal con Yanquilandia. El segundo mantenía cortadas sus relaciones con Chile. Bolivia nabia debilitado sus lazos de amistad con el Gobierno chileno.

Sin velada intencion, bai que insistir en que POR AHORA, (2) ha habido cordura de parte de los gobiernos latinoamericanos al participar en esa gran farsa de La Habana.

Lójicamente que esos gobiernos sabian de an

---

(1) Véase mas adelante Capitulo 4.

(2) Véase Capitulo 8.

temano que la Conferencia iría al fracaso. Pero no se puede dejar de reconocer que había que hacer «la parada.»

Las delegaciones se portaron bien. No así la del Perú a la que «se le pasó la mano.» Los intelectuales yanquees se convencieron que tenemos tambien diplomáticos de fuste, capaces de hacer frente a hombres foguendos en las comedias e intrigas de la política mundial. Por lo mé nos así lo hemos creido nosotros.

Nuestros representantes sabian de antemano, —dadas las orientaciones políticas è instrucciones definidas que llevaban en cartera,—que no surgirian de la solemne reunion acuerdos concretos, positivos, prácticos, o preceptos doctrinarios definitivos de ética social constructiva interamericana; sabian tambien que había malestar en América, porque no era concebible, que mientras Coolidge estuviera en la Sala de Conferencias, entonando loas a la paz y a la confraternidad continental, sus fuerzas armadas estuvieran degollando nicaragüenses en las inmediaciones de Chipote o de Managua.

Apesar de todo, las delegaciones hicierou bien su papel. Estuvo de mas el Acta kilométrica que suscribieron. Entre otras vaciedades, se recomendaba en eila la celebración de una caterva

de conferencias: de la Cruz Roja, de Periodistas, de Comercio, de Carreteras, Servicio Consular, Aviación Comercial, Municipalidades, etc.

Otro de los actos trascendentales, fué la convención en que todas las repúblicas acordaron establecer la «Union Panamericana», «cuya unidad moral descansa en la igualdad jurídica de las repúblicas del Coutinente y el respeto mútuo de sus derechos inherentes.»

Respecto a la «unidad moral» ya hemos hablado anteriormente.

En cuanto a la creación del organismo «Union Panamericana», dudamos francamente de su eficacia, por la mui sencilla razón de que sus órganos directivos—residiendo en territorio yanqui—se verán maniatados, amordazados y reducidos a la impotencia, por todas las poderosas fuerzas diplomáticas de que dispone el gobierno de la más formidable nación americana.

Sobre este mismo punto se trabó discusion en la Conferencia de Santiago, las Repúblicas de Colombia, Venezuela, Cuba, Haití, Dominica, Costa Rica. Nicaragua, Honduras, Salvador, y Guatemala, se reunieron en aquella acasion para estudiar un medio de contrarrestar la inconveniente influencia estadounidense en la Union Panamericana. Obvio es, decir que tal as-

tud disgustó sobremanera a los representa-
es de Tio Sam.

Parece que en La Habana no se tocó el pun-
o. ¿Intima desconfianza en la influencia real
el referido organismo? ¿Temor de los delega los
tocar una cuestion que podria herir la delica-
a susceptibilidad de: Dios-Presidente?

Supongamos cualquier cosa. El hecho cierto,
oncreto, es que se ha autorizado la creacion de
u organismo altamente peligroso; que puede
ener una influencia enorme en este hemisfe-
rio; que reside en los Estados Unidos, recibien-
do por lo tanto las sugestiones de sus políticos
y que,—al fin y al cabo,—sostenemos todos no
sotros voluntaria o involuntariamente.

Se llegó tambien en Cuba a otros acuerdos.
El mas importante de todos: el que se refiere a
a ilegalidad de las agresiones y a los arbitrajes,
nerece capítulo aparte; lo trataremos mas ade-
ante.

Deliberadamente dejamos para el último, la
ctitud abominable del delegado peruano.

Así como hai una moral humana, que impone
severos principios a los hombres, así tambien
hai una moral internacional, que vela por la dig-
nidad de las naciones, ambas tienen su orígen
en las leyes de la naturaleza, que son las funda-

mentales para la conducta humana en todas su
faces.

El adulo es una flagrante contravencion a
dos los principios de moral. Deprime los
timientos mas nobles y hace despreciable e
digno al que lo practica.

Formas repugnantes del adulo son el ras
rismo y el servilismo.

El individuo quo ejercita tan bajos expedi
tes es abyecto.

La nación que tambien lo hace, se coloca
inmediato, al márgen de la ley de ética uni
sal. Su accion es monstruosa.

Pues bien, el Perù,—por boca de su dele
do,—ha adulado a los Estados Unidos en la
bana.

¡Aclaramos en familia esta triste verdad!

El Delegado peruano humedeció con su
bios la zuela de los zapatos del Amo.

¿Este feróz sacrificio, se debió realmen
amor(?) peruano hacia sus «hermanos» los
ques, o es que se prosternaba Martúa an
Arbitro de un litigio en que su pais es par

Chile jamás emplearía esos expedien
pulsivos para tratar de inclinar la justicia
favor. Lo estimaría una ofensa al mismo
trador, un renunciamiento incalificable

derechos inherentes y un insulto a las demas naciones americanas.

Inspirados como están los chilenos, en puros ideales de cordialidad americana, han visto con dolor esta actitud del representante de sus vecinos inmediatos. Afortunadamente predominará siempre en la mayoría del pueblo de Chile, la creencia de que las palabras del Delegado Martúa no han reflejado jamás el sentir unánime de la opinión pública del Perú. Mui por el contrario, ya existe la conviccion difundida, de que la opinion levantada de ese pais, censurará acremente las actitudes serviles de sus representantes que obedecen solo a las deplorables sugestiones del Dictador Leguía.

CAPITULO III

El parto de los montes

El acta de la VI Conferencia Panamericana celebrada en 1928 en La Habana, dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«Resolución sobre proscripción de la guerra de agresión, que declara:

1.o Toda agresión es ilícita y prohibida;

2.o Los Estados americanos emplearán medios pacíficos para solucionar los conflictos que surjan entre ellos.»

¡He aquí el parto de los montes!

En efecto, esta estúpida declaración no debió llevar nunca nuestras firmas de países cultos.

Nos imajinábamos por un momento, que se había concebido algo gigantesco, jamás visto: una doctrina que haría imperar la paz en todo el hemisferio surgida después de la ex

ruel de los majines de nuestros delegados.
Cuando en realidad lo que se había obtenido,—
ntiéndase bien,—era la dictación por nosotros
nismos, del decreto póstumo de sometimiento
oluntario al protectorado yanquee.
El que desempeñó el cargo de presidente de
delegacion norteamericana a la VI Conferen-
n, había dicho cinco años atras: «nos oponé-
os a la agresion de cualquier república ameri-
na contra otra.»
En ese entonces, parece no se dió todo el alcan
que envolvía la plantención de este princi-
o. Ahora tampoco se ha visto su tinte maquia
lico. Ya es hora que sacudamos enérjicamen
nuestras cabezas oprimidas y denunciemos
a fáz del mundo, el yugo que nos impone la
musadora e imperialísta potencia del norte.
Nos cobarta el libre ejercicio de nuestra sobe
nía, al prohibirnos apelemos en uso de nues-
s superiores derechos, a los medios extremos
e todo Estado libre dispone, para proceder co
le plazca dentro de las leyes naturales.
En cambio, ellos, los Dispensadores Supre-
s de Justicia, «reservan» su libertad apoyán-
se cínicamente en los poderosos cañones de
Great Fleet,
Cabría oponernos a la agresión de una de

nuestras pequeñas repùblicas, de parte de los
dos Unidos?

Hoi dia no habria forma de impedir el atro
llo

¿Existe alguna nación latinoamericana s
cientemente fuerte, capez de llevar una gu
de agresión a la poderosa República de No
América?

Ninguna.

¿Los yanquees pueden agredir a alguna n
ción ibero-americana con perspectivas de éx

A todas.

¿En donde está entonces el triunfo de la
tupenda declaracion sobre ilegalidad de la ag
sión entre Estados firmada en Habana?

En el concepto yanquee estamos como p
blos sentimentales; que nos preocupamos gr
demente del detalle emocional. Podemos ser
do lo fràgiles de corazón que se quiera; pe
tan imbéciles, que no podamos darnos cue
que hasta aquí se nos ha tratado como pue
novatos, torpes e ingenuos.

Ha dicho con franqueza un inteligente e
tor norteamericano: «A las relaciones inter
nales solo las gobierna la fuerza, el fraude
intrigas. Las consideraciones morales se ar
a los cuatro vientos, cuando quiera que

s entren en conflicto con las ambiciones nacio-
les o el espíritu nacionalista.»
ro Se ha declarado ilegal la guerra de agresión.
i ésta se realizara por accion deliberada de un
sado, dicho acto constituiría una transgresion
as leyes naturales o a las positivas? Se obje-
ará que será una omision a ambas.
Pues bien, en el estado actual de la civiliza-
n, ningun pueblo de la tierra puede sostener
a ácticamente el principio de ilegalidad de los
éxi Cictos armados.
El declarar fuera de toda ley a la guerra co-
la institución, requiere una revolucion men-
a ag ha afirmado un hábil guerrero y escritor
ánico.
c pos pueblos tienen características raciales
s gr ntables; Algunos son ambiciosos, guerreros,
ser inadores. Otros son pacíficos, resignados,
peroos, entregados a la molicie e inercia.
cuentre los hombres vemos las mismas virtudes
pue nticas imperfecciones. De aquí es que surgen
desavenencias entre individuos, los disgus-
las rencillas o las disputas graves, que son
daderas guerras privadas. Algo mui pareci-
asa entre las naciones.
na concepcion honrada de la verdadera mo-
lad internacional, proscribe naturalmente

la guerra. Nosotros comulgamos con esto
ramente; pero por desgracia, actúan en
seenvolvimiento de los acontecimientos
nos tales formidables factores, que toda
cación al estado de cosas actual, opone
ras insalvables y lleva a las frentes pr
arrugas sombrías de desaliento y pesimi

Lójicamente que debemos censurar la
rras como instrumento jurídico. Así lo
tablecido el derecho internacional desde l
pos que Grotius entregó al mundo su
nacional: "De Jure Belli ac pacis."

Resumiendo un estudio, se nos pres
nuestra imajinación tres medios de te
cierta y eficazmente pacificadora de las
nes entre pueblos.

Primero: «Pax romana.» Predomini
to del Estado mas poderoso, el que imp
por la fuerza a todas las demás nacione
ca y su cultura.

Segundo: Equilibrio de fuerzas de dos
zas o Ententes formadas por todos los
del orbe.

Tercero: La proscripcion de las guer
acción internacional conjunta, sobre la
completo desarme universal propuesto
sin en el mes de Marzo de 1923, y con

tución de tribunales especiales con jurisdicción amplísima en todas las disputas entre naciones y con medios efectivos de coerción para hacer cumplir sus resoluciones.

Los referidos tribunales estarían encargados de aplicar la Ley o Código Internacional, cuyo texto sería estudiado a fondo y sancionado por todas las agrupaciones nacionales. Este Código podría abarcar todas aquellas derivaciones, detalles o interpretaciones que fluyeran de una declaración de principios que, podría ser muy bien, verbigracia, la que sigue: (1) «I Toda nación tiene el derecho de existir, defender y conservar su existencia; pero este derecho no implica derecho ni justifica el acto de defensa y conservación de la existencia propia mediante actos ilegales contra estados inocentes e inofensivos.

II Toda nación tiene derecho a su independencia, es decir, el derecho de perseguir su felicidad y ser libre para desarrollarse sin la intervención o el dominio de otros estados, siempre que al hacerlo no afecte o viole los derechos de otros estados,

---

(1) Declaración sobre derechos y deberes de los Estados, propuesta en 1916 en Washington en sesion del Instituto Americano de Derecho Internacional.

III Toda nación es, según la ley y ante e
ley, igual a las demàs naciones que pertenec
a la sociedad de las naciones, y todas tienen
derecho de exijir y, de acuerdo con la decla
ción de independencia de los Estados Unid
«de ocupar la posición igual y separada que
corresponde, segun las leyes de la
turaleza, entre las demas potencias de la tier

IV Toda nación tiene derecho a su territo
dentro de fronteras definidas y derecho a e
cer jurisdicción esclusiva sobre dicho territo
así como sobre las personas que allí se en
traren, sean naturales o extranjeros,

V Toda nación poseedora de un derech
gun la ley internacional, está facultada t
bien para reclamar que las demás respet
defiendan aquel derecho, pues derechos y d
res son correlativos y el derecho de una n
ne a las demás el deber de respetarlo.

Lo repetimos, una Ley de Derecho Int
cional sobre la base de los anteriores princ
rendirá sus efectos, solo en el caso de conc
cia de los otros factores decisivos, a saber:
dono de todo proyecto o plan armamentis
desarrollado o por iniciarse, destrucción
dos los elementos bélicos, disolución de
las organizaciones guerreras, é institu

...diante la acción internacional conjunta, — de ...ibunales especiales encargados de la aplica... ...ón de la Ley, con capacidad coercitiva para ha... ...r respetar sus decisiones.

Dice un gran historiador i célebre internacionalista holandes (1) «En tanto que el hombre continúe siendo hombre, una segura sociedad de las naciones será posible únicamente cuando existan medios de proteger esta seguridad: medios a vez preventivos y represivos, tales como los que gobiernan la vida nacional.»

Sin embargo, hai algunos que aun creen, que concurriendo los tres primeros factores enumerados en párrafo anterior, se habrían acercado al «desideratum» Mr. John Dewey, notable pensador norteamericano opina así:

Una ley internacional contra la guerra, proclamación sobre la moral, con respecto a las relaciones internacionales, el mismo efecto condensador, precipitante, cristalizador, que la ley ha producido dondequiera en su desenvolvimiento histórico. Es la culminación lójica de la génesis de sus tribunales como instrumento para arreglo de disputas. Mientras no se llegue a este punto, la influencia del sentimiento moral esta-

(1) Van der Mandere:

rá dividida y diseminada»

l termina: «Esta proposición no impl
cesariamente la eliminación de las guer
ley tampoco ha evitado la comisión de
res. Es posible, que aunque la guerra
siderada un crimen, se haga uso de ella
vía.»

Pierda cuidado el iluso Mr. Dewey.
impedirá a las naciones la comisión del
de la guerra» ninguna ley natural, inter
ni positiva. Los tribunales ordinarios
cia, que regulan en los pueblos las acci
los hombres, hacen cumplir la Ley
ayuda eficáz y constante de la fuerza
respectiva.

¿Un alto tribunal de justicia inter
apelaría a qué arbitrios para impone
ciones sus determinaciones supremas?

Diremos que pasarán muchos año
que los pueblos vayan a deponer sus
te el altar de la verdadera justicia inter

Mientras tanto, creámosle lo que
distinguido escritor y catedrático nort
no: (1) «En tanto que la tierra continú
da en diversas unidades políticas que

(1) Mr. Raymond Garfield «Elementos» de
la política mundial»

reu de primera importancia su interés particular, la fuerza o la amenaza de la fuerza, representará el árbitro final en caso de graves disputas y la única garantía eficaz de acuerdo internacional. Por más deseable que sea la paz universal desde el punto de vista de la ética, subsiste el hecho de que prácticamente todos los estados modernos han sido creados por la guerra, que la guerra ha constituido una influencia constante y poderosa en la evolución política, y que los estados que deciden los asuntos mundiales, son aquellos que poseen la fuerza material necesaria para imponer su voluntad.»

Por todo lo expuesto, es que nos sentimos alentados por el buen sentido general, a expresar sin ambages, que al declarar las repúblicas latino-americanas en La Habana la ilegalidad de las guerras de agresión, han caido en el lazo astutamente habilmente por la política artera de los diplomáticos yanquis.

Nadie en la tierra puede declarar la ilegalidad de la guerra, mientras no haya organismo legislación que regulen CIERTA PRACTICA y EFICAZMENTE la justicia entre naciones.

Al firmar aquella declaración, hemos reconocido, las Naciones débiles de este hemisferio, que estamos domeñadas a una fuerza determi-

nada. ¡Y con fuerza bien la conocemos todos!

Se escojió pues, el primero y el peor de tres sistemas de pacificación de que habla en este mismo capítulo.

Nos nos extrañemos. Hace algunos Mr. Hughes ya había dicho: «TRATAMOS DE ESTABLECER UNA «PAZ AMERICANA» sostenida lo por la fuerza, etc. (1)

¡Y ya lo han conseguido!

¿Podremos discutir que la paz no está garantida en América?

Pero alcemos la vista hacia lo alto y gustemos a nuestra conciencia de pueblos libres, si al aceptar la «pax romana», (que no es «pax yanquee»,) no hemos quedado eternamente sometidos al Protectorado de la Gran tencia.

A todo latinoamericano perpicaz y dor, le recordará eternamente ese acuerdo Habana, el paso más desgraciado de la v estos pueblos: ¡La entrega definitiva de tra soberanía a los Estados Unidos de América! ¡No lo olvidemos! (2)

---

(1) I. A. Press, N.o 6 Vol. VII

(2) Hasta el momento que escribimos el Gobierno no ha ratificado el referido acuerdo. Confiamos en que no lo hará.

CAPITULO IV

La Cantinela de Monroe

Por allá por el año 1823, el Presidente Mon-
e, previendo intrusiones de las naciones eu-
peas en el Nuevo Mundo, dijo en el Congreso
rteamericano lo que sigue: «Nunca hemos to-
ado parte alguna en las guerras de las poten-
s europeas sobre asuntos de su incumbencia
se aviene con nuestra política el hacerlo así.
damente cuando nuestros derechos se ven in-
didos o seriamente amenazados, es cuando
timos el agravio y hacemos preparaciones
ra la defensa. Con los movimientos de este
misferio estamos por necesidad relacionados
s íntimamente, y por causas que deben de
obvias a todo observador inteligente e im-
cial. El sistema político de las potencias alia-
difiere esencialmente a este respecto del de
Estados Unidos...

«Debemos, por consiguiente, a la sin
los Estados Unidos y a las amistosas relaciones existen
claración de que consideramos peligrosa
tra paz y seguridad, toda tentativa de
te en el sentido de extender sus sistem
porcion alguna de este hemisferio. No
intervenido ni intervendremos con las
tes colonias o dependencias de cualquier
cin europea. Pero en cuanto se refiera
biernos que han declarado su independ
la han mantenido, independencia que ha
conocido tras madura consideración y
tud de justos principios, miraremos
sión de cualquiera potencia europea con
pósito de oprimirlos o influir en manera
na en sus destinos, como manifestación
sentimiento adverso hacia los Estados U

Las anteriores declaraciones que
sintetizadas en la conocida fórmula: «
para los americanos», es lo que se cono
nombre de Doctrina Monroe.

Como de ciento cinco años a esta pa
via los norteamericanos creen sincera
samente, que aun hoi dia es aplicable
da Doctrina, convendrá que recordemos
ca en que fueron sentados sus princip

Alrededor de aquel año 1823, las colonias es-
pañolas daban los postreros golpes de muerte a
la dominación española.

En 1822 el General Sucre derrotaba a los es-
pañoles en Pichincha y decidía solo entonces,
la independencia del Ecuador.

En 1821 San Martin entraba a Lima y pro-
clamaba la libertad del Perú, y solo en 1824 la
afianzaba definitivamente Sucre en la batalla de
Ayacucho.

En 1822, Iturbide encabezaba la revolución
que dió por tierra con el gobierno español en
México.

En 1822 don Pedro I proclamaba la indepen-
dencia de la gran colonia portuguesa de Amé-
rica.

Como se vé, en los años 1821, 22, 23 y 24 se
desarrollaban en la América Latina acontecí-
mientos de la mayor importancia, que signifi-
caban las reacciones defensivas póstumas del
régimen de dominación extrangera en estos
territorios.

La persistencia de España en oponerse a la
liberación de los pueblos americanos, y despues
el temor a la formidable y amenazadora «Santa
Alianza,» hicieron abrir los ojos a los estadis-
tas de la gran ex-colonia inglesa de la América

del Norte. Una incursión conjunta al
Mando de las poderosas naciones aliadas
ropa, habría tenido una significación
dental, y hasta habría peligrado la propia
independiente de los Estados Unidos.

Así pues, fué un espíritu cercanamente
ta, y no amor a nuestros pueblos, el que
ró al Presidente Monroe cuando sentó
su Doctrina que lleva su nombre.

Es curioso anotar el hecho de que
pues (1865-1866), uno de estos países
bo de verse envuelto en una guerra
paña.

De nada sirvió entonces la Doctrina
Solo la oportuna alianza defensiva
por Chile, Ecuador, Perú y Bolivia,
esa ocasión a estas nuevas repúblicas
res calamidades.

Los actuales estadistas yanquis
conocer tales cosas, y con una malicia
pia de directores de pueblos, procuran
una novísima interpretación,—mui
cia por cierto,—de la Gran Declaración
así convertida a ésta, en un estatuto
te de amor por la causa americana,
gue la redención de los pueblos de
Hispana; que los defiende paternalmente

voracidad o rapiña de los pueblos extranjeros,
y que les abre finalmente, con lealtad y cariño,
su ancho campo de compenetración y entendi-
miento con los Estados Unidos.

NO TIENE HOI DIA NINGUNA APLICACION LA TAL
ENZARANDEADA DOCTRINA.

Es una grave impostura, pretender demos-
trar con argumentaciones pobrísimas de «tira y
afloja», que las ideas contenidas en su texto,
pueden garantizar la seguridad a estos pueblos,
de una velada acción o intromision extranjera.
No existe hoi dia ninguna nación en el mundo,
que pueda tener intenciones aviesas de intromi-
sion en este hemisferio. Todos los Estados eu-
ropeos y orientales se encuentran absorbidos
por gravísimas preocupaciones internas, inhe-
rentes, por lo demas, a una delicada época de
transmutación universal de valores.

Pretender demostrar que es aplicable hoi dia
todo el continente americano, la Doctrina que
planteó en 1823, un Presidente previsor, que
vislumbró en ese entonces claramente, un peli-
gro para su patria; es querer encubrir lisa y lla
namente con un manto de hipocresía, el estable-
cimiento del Protectorado de los Estados Uni-
dos sobre América Latina.

No tendrá otra explicación el ridículo empe

ño en moldear la Declaración Monroe con
masa, adaptandola al espíritu utilitario
que la amparan y profesan.

I véanlo si no es así. Un periodista emine
del país del dólar dice: «La Doctrina M
es, en realidad una política de defensa
y los Estados Unidos SE RESERVAN EL DE
EXCLUSIVO DE DEFINICION, INTERPRETAC
APLICACION.»

¡Es realmente admirable la comodidad
ta Doctrina!

I no nos extrañemos, que a nosotros s
niege el derecho de entender en un Estatu
vela por nuestra propia existencia.(?)

El Senado yanqui sentó este otro pri
«Los Estados no someterán al arbitraje
tigación de la asamblea o del consejo d
ga de las Naciones proveidos por dicho
de paz, (el de Versailles) cuestion algun
a juicio de los Estados Unidos, dependa
lacione con la política establecida tie
y que se conoce por el nombre de D
Monroe. Dicha Doctrina debe ser int
da exclusivamente por los Estados Unid

Ya lo saben las pueblos latinoame
Los yanquis sostienen una Doctrina, qu

(1) Mr. David Lawrence

los, nos proteje contra la rapacidad de los
eblos mas grandes. Es una Doctrina de amor.
ero nosotros no tenemos siquiera el derecho
e preguntar porqué se nos quiere tanto... Si
xistiera un Voltaire americano, ya le habría
ormulado a la junta de Doctores de Washing-
on, preguntas parecidas a las del licenciado Za
ata; para que se diguaran explicarnos el origen
e esa pasion afectuosa de los yanquis hacia no
otros.

Digámoslo de una vez y francamente: *No ay amor por la «causa americana» en los receptos de Monroe.* Ménos existe ahora que ar pasado mas de cien años. Lo que hai, es e la cautinela monroista, se ha transformado el trascurso de un siglo, en un ardid cínico audaz de un pais abarcador, que vé con mas ojos la creciente inclinación intelectual y olómica de estas repúblicas latinas de América, hacia sus lejítimas hermanas del Viejo undo.

Sin embargo, parece que los Estados Unidos n seguro su predominio en este Continente, uzgar por las palabras de un escritor norteamericano: (1) «La idea de que la Liga de las Na

(1) Mr. Lawrence.

ciones pueda emplearse como medio de balancear la influencia de los Estados en la América del Centro y del Sur, no ta, con todo, sería consideración.»

Es un hecho comprobado y fehacien una de las preocupaciones de la diplom tadounidense, ha sido precisamente, el p bas y entorpecimientos mediante múlt pedientes, a las relaciones de todo órde unen a América Latina con las nacio allende el Atlántico.

Todos sabemos porquè Estados Unid só incorporarse a la Liga de las Nacion bría sido deprimente para sus intereses verbigracia,—Colombia incorporada a hubiera planteado sus derechos al Canal namá, o que muchas otras repúblicas a nas hubieran solicitado el amparo del A nal en diferentes asuntos.

Sin embargo, el rastrerismo de ciert nantes de algunas repúblicas latinoame los llevó al extremo de manifestar an sión por aquel organismo internacional do así que se congraciaban con el Perd de Pueblos.

Hace algunos años, alguien insinuó tiva de estas repúblicas para optar por

or la Doctrina Monroe.

La réplica yanqui vino inmediata; seca, cortan imperativa. Se dejó oir por boca de uno de as mas importantes rotativos: «Estas repúbli- as (las latino-americanas)—afirmaba «The New ork Herald»,—darán su adhesion a la Li- a de las Naciones o la abandonarán; pero no ai abandono posible para la Doctrina Monroe. sta no puede ser abandonada mas que por un ais: los Estados Unidos. I nunca lo será por es- pais, aun cuando las repúblicas sudamerica- as votaran unanimemente contra ella. LA DOC- RINA MONROE Es UNA MURALLA ENTRE HISPANO- MERICA Y EUROPA. Esta muralla es nuestra. Nin uno que lo sea Estados Unidos puede supri- irla.»

Es sumamente claro el tenor de estas declara ones terminantes, para que nos extendamos obre ellas.

¡Mientras tanto, hai latinoamericanos que con ador de vírjenes necias, se acurrucan todavía ajo el alero de la Doctrina Protectoral I se teme, y se mira con horror las francas acla aciones.

Si parece que los pueblos viriles de América atina, en un lamentable extravío, se desenten- eran de sus tradiciones heroicas, de guerreros

altaneros e indomables.

Hemos visto que la diplomacia nue
da con pié de plomo cuando se trata de
trina Monroe.

Alguien atribuyó al Embajador arje
Paris, a principios de 1928, ciertas de
nes que habrian podido significar un
nocimiento de la susodicha Doctrina.

El Departamento de Estado de los
U., se irguió entonces amenazante.

Hubo intenso movimiento en las es
bernativas de Washington. Cuentan q
los valores argentinos experimentaron

Todo volvió a la calma, cuando el
por de Argentina en Estados Unidos, a
su colega de Paris, no habia pensado e
parse del Presidente Morroe, ni de su
centenaria.

¡Es tiempo ya que la acción conjunta
tra América, del libro, la prensa, la tri
rrumben para siempre la «murallita»
qué—segun dicen nuestros protect
han edificado para reducirnos eterna
lo a esta mitad occidental del planeta!

CAPiTULO V

El arbitraje yanqui en Tacna y Arica

La deslealtad de Bolivia en el cumplimiento del Tratado de Límites del año 1866; el traicionero pacto secreto entre Perù y Bolivia, firmado el 6 de Febrero de 1873, y las incursiones peruanas sospechosas y arbitrarias, en las salitreras de Tarapacá, trajo por consecuencia en 1879 la guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana.

Chile, en el ánimo de evitar hasta lo último, esta extrema situación, había insinuado el arbitraje; pero el «pardismo», poderoso y funesto partido político del Perú rechazó deliberadamente todo arreglo.

Así fué como se arrastró a la guerra, al pacífico pueblo de Chile, contra su voluntad, y en circunstancias en que la Administración Pinto pasaba por un periódo de dura prueba. (1)

(1) Principalmente el problema de la escasez de moneda, lo que había orijinado una crisis sin precedentes.

Sellada la victoria en Chorrillos y Mir
tras cruentos e inauditos esfuerzos, los b
tes ratificaron en 1884 un tratado de paz
De la interpretación de una de las cl
de este Tratado surgió un conflicto.
La cesion a Chile de los territorios de
y Arica, segun la letra del tratado, era
cional (1).
El espíritu del Tratado no pudo ser o
la entrega a Chile de esos territorios, d
del plazo señalado. No hai que olvidar
paz fué firmada cuando el Almirante Lyn
ministraba a Lima, espaldeado por el e
chileno de ocupación.
Un ex-Canciller chileno versado en la
ria aclaró el punto: «Si se hubiera mani
toda entera la compensacion que exijía
talvez hubieran fracasado las negocia
pues el pueblo se habría opuesto. Por
que se rodeó a este tratado de la nebu
de toda gestion diplomática. Chile recibi
pacá íntegra; pero fronteras naturales
esta provincia. Luego los gobernantes p
que era necesario un marco que resguar

(1) Un plebiscito decidiria despues de 10 años, la
lidad del territorio de Tacna y Arica; previa consi
de la nacion que detentaria definitivamente esa zo

nadro y lo encontraron en Tacna y Arica. He
hí la causa de esta cesion «necesaria.»
En cuanto a buscar la solución del conflicto,
da iniciativa partió siempre de Chile. Será su
iente recordar la gestion Puga Borne en 1898,
gestion Edwards en 1910, etc.
Haciendo un paréntisis a esta breve sinopsis,
abe recorjar que ya en la época de esas gestio-
es, los Estados Unidos se manifestaron viva-
ente interesados en liquidar las dificultades
ntre los dos puebios litigantes. Aquella nacion
mpezaba a «barbechar» estos territorios, y na-
uralmente, no veía con buenos ojos la frialdad
iplomática existente entre Chile y el Perú, que
menazaba de un momento a otro con una rup-
ura; cosa, por otra parte, que les habría aca-
reado perjuicios de consideración. En 1910
mbos contendores rompieron sus relaciones di-
lomáticas. Afortunadamente «la sangre no lle-
ó al rio.»
Los gobernantes de aquella época, de la Re-
pública norteamericana, juzgaron equitativas
as proposiciones chilenas de 1898. Sin embar-
o los de hoy dia han provocado un fenomenal
nredo de un litigio, que en realidad de verdad,
o era justificable su complejidad. Se ha autori-
ado así la suposición, de que los intereses de

los Estados Unidos en estos paises, en
librados, razón tambien por la cual se l
tará este dilema: «O la amistad de C
odio del Peru.» I vice-versa.

Habiendo sido la política de Chile, in
para rehuir todo arbitraje sobre la ma
problema aparecía insoluble.

Hasta que un gobierno encaró el con
ciendo: «así serviremos a nuestro pais y
tinente sudamericano, pues ambos nece
quieren y exijen dedicarse a la vida fec
trabajo, libres de dificultades, de zo
conflictos exteriores que producen la
el desórden, la anarquía y el debilitamie
los pueblos que los soportan.»

De aqui surgió el Pacto de Washing

Apesar de que la idea de someter nue
jo litigio a la resolución del arbitraje, in
pia la política de Santa María, Balmace
to i las doctrinas de jurisconsultos inter
listas como Mackenna, Montt, Bello, Pu
gara, Walker Martinez, etc., no vamos a
ciarnos sobre ella. El fallo lo reservam
historia.

Lo que el pueblo de Chile y la Am
tina no podrá aceptar jamas, es que el
chileno que inició la gestion del arbi

haya resistido a la influencia yanqui, y se haya visto ARRASTRADO OBLIGADAMENTE a una situación que se tornó deprimente para la dignidad nacional.

En efecto, es necesario que se sepa en toda la tierra, que los Estados Unidos jugaron una carta decisiva en sus relaciones con Latino América; con ocasion de la iniciativa del gobierno chileno de ir al arbitraje en la cuestion Tacna y Arica. Los estadistas de la potencia del Norte, pusieron en campaña a sus mas diestros agentes diplomáticos, en el ánimo de disputarse el mas trascendental «affaire» americano.

Hasta que lo obtuvieron.

I Chile y Perú hubieron de llegar a Washington como dos «niños peleadorcitos» que iban a recibir las reconvenciones enérjicas de Tio Sam (1).

Mientras escribimos este opúsculo, se habla ya de la solucion mui próxima y definitiva del litigio chileno-peruano. Nos anticipamos a opinar la indubitable injusticia del fallo, si el Arbitro se ha limitado solo a pesar los valores en garantias específicas que le tienen hipotecados a su país, las dos naciones litigantes. Aclaramos

(1) Igual cosa le ha pasado recientemente a Guatemala y Honduras.

este punto.
Chile, celoso defensor de su soberanía,
todo empréstito sobre la base de garantía
cíficas.
El Perú, un poco mas descuidado, ha
cado sus aduanas, municipalidades, etc
litarín las garantías hipotecarias y.. lo
lo comprenden nuestros lectores.
Es halagador constar que en Chile algu
píritus inflamados en ideales americanis
ron a su tiempo estas cosas.
Ya que los hechos estarán bien pronto
mados, no caben las lamentaciones pro
mujeres.
Hagamos obra práctica
Busquemos un punto de contacto en
encarnizados adversarios del 79.
En el Perú, solo cierta casta afecta al
dor Leguía alienta y explota el odio a C
A este propósito, oigámosle una disc
al cabecilla: (1)
«Ha llegado la hora de la esperanza
de cuarenta años de dolor.
Hace cuarenta años un hermano c

(1) Discurso del Presidente del Perú Señor Legu

os trajo una guerra de desolación y muerte.

En el tratado de paz se nos impuso la cesión definitiva de Tarapacá y la entrega por diez años de Tacna y Arica, pagadas como un rescate que no tiene precedentes en la historia de la humanidad.

Si hay justicia en la tierra, el Perú recuperará en las votaciones lo que por los siglos de los siglos será el más caro patrimonio de nuestros compatriotas de Tacna y Arica, privilegiados de la jornada redimidora de la patria con sus votos; como otrora las mártires del circo romano redimieron a la humanidad.

Así como un historiador chileno aconsejaba no soltar el Morro, nuestra divisa será recuperar el Morro, que no solo queda en los límites geográficos del Perú, sino que constituye la mas rica herencia de gloria de que pueda envanecerse nación alguna.

La disputa cobra carácteres de tragedia porque un pueblo reclama lo suyo que otro ajeno lo retiene.

Es algo más que un duelo entre el espíritu democrático de América con el espíritu imperialista de Chile.

A un valeroso soldado de Estados Unidos se ha confiado resolver quien ajustará su veredic-

to a la necesidad de salvar la tradición d
crático de su gran pueblo para seguir sirv
los ideales de libertad porque luchó en Eur
El cabecilla se nos exhibe en este discur
descudo: farsante, comediante, ridículo y
vil.

Leguía y sus secuaces cometen una doble
famia al sembrar el odio a Chile entre los p
nos. Tuercen criminalmente el verdadero
miento nacional del pueblo y ocasionan, a
gundo término, un daño enorme a la cau
coordinación espiritual americana.

Todo el empeño de los pueblos latinoa
canos debe encaminarse a la eliminación
desaveniencias que las separan o dividen, n
zando en todo caso, las aviesas sugestione
los yanquis, quienes inspirarán sus actos
en la Doctrina de Monroe.

Desaparecidos como están, los conflict
límites entre Chile-Argentina, Argentina P
quedarían por solucionarse Chile-Perú.
Ecuador, Guatemala-Honduras, Bolivia
guay; un convenio para darle costa a Bo
dificultades antiguas entre paraguayos
guayos.

¡Resueltos estos problemas, habría lle
momento de darse el abrazo inicial per

nimiento de una era de real confraternidad ame-
ricana!

CAPITULO VI

Problemas inquietantes para Yanquilandia

El estudio de las relaciones entre naciones
una tarea de suyo extensa compleja. Concu
tantísimos diversos factores determinantes
la buena o mala armonía, que es atrevido
barcarse en la exposición de un cuadro m
mênos acabado sobre una situación posib

Desde luego, para plantear una hipótesis
bre el estado actual de las relaciones interna
nales, o deducir la política externa acerta
desacertada que siguen los respectivos g
nos; habría que entrar a considerar la hist
la política interna, su gobierno, la capaci
sus diplomáticos, el ambiente natural, el
cimiento o incremento de la población, su
militar o naval, sus idealidades políticas
ta la religion de los pueblos.

No es remotamente nuestro ánimo entrar al detalle de tales materias.

Diremos solo concisamente que en el horizonte de la Gran República del Norte se divisan hoi dia trágicos interrogantes.

Sus relaciones con las potencias del Viejo Mundo no son todo lo cordiales, como aparecen a traves de las fórmulas de cortesía diplomática.

Sobretodo Estados Unidos no podrá mirarse bien con Inglaterra y Japon, hasta que «definan superioridades.»

A las tres potencias las trae grandemente preocupadas la supremacía de los mares. Desde luego este asunto es para Inglaterra cuestion de vida o muerte. Oigamos lo que dice a este respecto un talentoso marino británico: (1) «Por haberle amenazado la supremacía naval, Inglaterra declaró la guerra y venció sucesivamente a España, Holanda, Francia y Alemania.»

La hegemonia del Pácifico es, por lo demas, una antigua y sentida aspiración de Estados Unidos y Japon.

Es por todo esto, porqué las tres potencias se atisban cuidadosamente.

---

(1) Comandante Konworthy

Cuando alguna de ellas se precipita en pel
grosos y vastos planes de construcciones o ad
quisiciones bélicas, una de ellas hace el papel
de «apostol de la paz» y tocando la campana de
la concordia, (?) habla del «Desarme».

Es un curioso círculo vicioso: el engrandeci
miento del pueblo norteamericano o el aumento
de su flota, despierta graves recelos en Inglate
rra. La preponderancia de estas dos naciones
ensombrece el ceño del Japón. El temor de és
ta y aquella llenan de temor al gobierno yan
qui.

Mientras tanto Francia, Rusia, Italia, Espa
ña, Alemania y Austria no pueden descuidar un
momento estas actitudes de las tres grandes po
tencias. Cierto que muchas de ellas tienen pen
dientes problemas que al parecer afectan solo a
Europa, pero que en realidad, su resolución pue
de tener alcances no previstos.

Algunas de esas naciones por ejemplo, es
tan vivamente interesadas en resolver el proble
ma del equilibrio del Mediterràneo, cuestió
que podría culminar en acontecimientos que
afectarian forzozamente la paz mundial; pues
segun la prensa española, se trataría de garan
tir la seguridad en el Mediterráneo Occidental
estatuyendo «un plan que consultara la liber

absoluta del Estrecho de Gibraltar y el equi-
brio del Mediterràneo del Oeste, despues de
eliminación de toda tentativa de una tercera
encia de ejercer hegemonía en el Mediterrá-
» en Tánger.»

Tenemos tambien que consijerar la excita-
ón en los Balkanes, pues solo algunos ilusos
eden creer que el reciente tratado greco-rumano
, haya podido echar por tierra las aspiracio-
es yugoeslavas al predominio en esa parte del
undo.

No hagamos tampoco abstracción de las gra-
es dificultades que separan a lituanos y polacos
desde hace cerca de diez años.

Todos estos problemas que tienen un aspecto
aparente, casi pudiéramos decir regional,
n de tal magnitud que ninguna nación puede
entenderse de ellos.

Los Estados Unidos han manifestado sistemá-
mente, que a ellos no les interesa en absolu-
la política europea. Dicen que su política es
exclusión, sin embargo se «incluyeron» en la
n Guerra.

Por otra parte, si llegara a estallar una nue
conflagración, subsistiría a toda hipótesis,
echo aplastador para la república anglosa-
bería ello. la antipatía casi universal que

se ha hechado encima esta nacion, talvez
los resquemores surgidos despues de las
ras discusiones en las comisiones de repa
pes interaliadas en 1922, en que los yanqui
bieron de desempeñar el poco simpático
de tenaces e inflexibles acreedores.

I no dejará tambien de ejercer determi
influencia, en el debilitamiento de los lazos
tivos que pueden unir al Viejo Mundo, co
Estados Unidos, la actitud permanente y
mente egoista de este pais, que ha llevado
cionalismo hasta extremos peligrosos a
grados derechos de las demas naciones de
rra.

Insistentemente algunos espiritus
dos a los vaticinios presagian una colisión
ma entre Estados Unidos y el Japon. Un
cen que es algo inevitable el conflicto
a corto plazo, del primero con Inglaterra
gan que quizás podría precipitar los
mientos, la nueva irresistible tendencia
ria que está surgiendo con caracteres
tes en Egipto, India, Australia y posi
tambien Canadá.

La situación, es en todo caso de du
bresaltos.

La corriente optimista cree aun q

do de Desarme firmado en Washington y ratificado en 1922.

Se recordará que en aquella ocasion, se acordó algunas supresiones de viejos armatostes navales, disminuyendo asi el tonelaje total. Se acordó ademas limitar el calibre de los cañones de barcos mercantes; condenar y prohibir el uso de submarinos contra barcos mercantes; igual cosa con el uso de todo gas venenoso como arma de guerra; mantener el «Statuo-quo» por diez años con relacion a las posesiones en el Pacífico; suspender la construcción de bases navales en determinadas islas al Oeste del Pacífico y finalmente se ocordó algunos asuntos que favorecen a China.

No puede ponerse en duda, que el Presidente Harding llevó este tratado al Congreso, con la sincera convicción de cumplirlo y hacerlo cumplir. «O estos tratados reciben vuestra cordial sanción, o los tan decantados deseos de promover la paz y prevenir guerras resultarán una burla ridícula,» dijo ante los parlamentarios de su pais.

Desgraciadamente la vida de este buen Presidente se extinguió, desapareciendo así, la única persona que habría podido interponerse a cualquier transgresión del convenio.

Ahora las potencias pactantes se han entregado con loca y febril excitación, a la elaboración y desarrollo de vastos planes armamentistas.

Inglaterra ha dado un impulso formidable a su Royal Air Force. Calcula su presupuesto de aviación para 1928 en 16 250 000 libras esterlinas; alcanzado a 15 550 000 el del año anterior.

Estados Unidos, junto con haber dotado a su Marina de enormes barcos de nuevo diseño, entre los que se cuentan los gigantescos portaaviones, ha premunido a San Diego, la base naval aérea del Pacífico, de todos los elementos necesarios para cubrir un radio de acción tan extenso, que les garantiza la seguridad, aun de sus pertenencias mas distantes.

Japon y Francia se preocupan también intensamente en el incremento de sus fuerzas navales y aéreas.

El primero construye ya aeroplanos en su propio territorio.—Francia está casi a la cabeza como potencia del aire.—Destina 100 000 000 de dólares al año para mantener e incrementar su servicio.

El Gobierno yanqui, sin embargo, acaba de haber presentado recientemente al Empe-

Japones un proyecto de tratado de conciliación y arbitraje.

Con Francia tambien hai posibilidades de que Estados Unidos firme un convenio análogo al propuesto al Japón.

Pero apesar de toda la buena voluntad para prevenir los conflictos armados, al verse en 1928 la proposición rusa sobre desarme absoluto y universal, las naciones reunidas en una Conferencia del Desarme acordaron que POR AHORA ERA IMPRACTICABLE la fórmula presentada por el Gobierno de Rusia.

¡El pesimismo tendrá entonces que imperar indefinidamente en las relaciones internacionales!

CAPITULO VII

El negocio de la entrada de Estados Unidos a la Guerra europea del 14

Cuando se ha intentado trazar los razgos c
racterísticos de un pueblo, hai que mirar su e
tructura moral desde diversos puntos de vis
así reflejará lo mas exactamente posible su r
dalidad nacional y sus inclinaciones.

Hemos visto ya las histriónicas pretens
de los yanquis de querer «unirse moralmen
con nuestros pueblos de orígen latino, co
fin premeditado de explotarnos vilmente y
mirnos en abyecta esclavitud; hemos debe
la farsa ridícula de la última conferencia P
mericana celebrada en La Habana, en q
anglosajones del Norte, nuevos Tartufos d
lière, llegaron hipócritamente a hablar
confraternidad americana, en circuns

que sus soldados estaban entregados a la masacre de nicaragüenses; hemos hecho irrision de la declaración estúpida que se hizo tambien en Cuba sobre ilegalidad de las guerras de agresión; nos hemos referido en forma dura al aspecto claramente egoista e imperialista de la Doctrina Monroe; hemos censurado que Chile no haya resistido las influencias yanquis, entregando la resolucion de un problema de trascendencia continental, al arbitraje de un norteamericano; y hemos indicado tambien ciertas nebulosas que obscurecen el horizonte de la Gran Potencia de este hemisferio.

Sería incompleto este cuadro, si no recordáramos otra actitud de ésta naciòn, digna de azotarse por las sugerencias que fluyen de su análisis.

Nos referimos a las causas verdaderas de la intromision de los Estados Unidos en la hecatombe del año 14.

Los yanquis se han encargado de propalar a los cuatro vientos,—mediante una propaganda parecida a la que usan para la réclame de algunas de sus «chapucerias,»—que los principios humanitarios que los impulsaron a declarar la guerra a los Imperios Centrales, el 6 de Abril de 1917 fueron los de defensa de los postulados

de libertad, civilización y justicia; como tan bien los inspiró la idea del aniquilamiento de la autocracia militar alemana, que constituía, según ellos, una amenaza permanente para la paz mundial.

Así pues, el gasto inmenso que representa transportar en 1917 y 18 a traves del Atlántico dos o mas millones de soldados, se habría hecho en aras de una idealidad sublime, segun se decía de la propaganda de una de las partes interesadas o de las opiniones poco numerosas de los innobles turiferarios de los magnates del dólar.

Templado nuestro espíritu en la filosofía sedante de France, no vamos a estampar aquí el grito de admiración brutal que arranca rebajamente la farsa inconcebible de tales afirmaciones. Calmadamente, sin ajitación, diremos que aquellos bellos principios ideológicos que tienden a la justificación de la actitud mercantil egoista utilitaria, plutocràtica que adoptó al entrar a la Gran Guerra la nación anglo-sajona de América del Norte, constituyen, tiene decirlo, la mas burda, la mas ridícula, la mas canallesca de las mascaradas.

Es ya tiempo que se sepa. Los Estados Unidos se embarcaron en 1917 en la difícil empresa de definir la guerra con sus tropas fre-

por las siguientes determinantes razones:

1.o Porque sus economistas aconsejaron la necesidad de precaverse contra el posible evento de una derrota de los aliados, que les habría significado una pérdida intasable, ya que perdidos éstos, caerían en la imposibilidad de cubrir las fabulosas deudas provenientes de los empréstitos, de los millones de toneladas de municiones y de la enorme cantidad de otros variados elementos que habrían sido enviados por los Estados Unidos a los ejércitos aliados que combatían en el frente y EN CIRCUNSTANCIAS QUE ESA POTENCIA AMERICANA HABIA DECLARADO SU NEUTRALIDAD.

2.o Porque Alemania se dió cuenta oportunamente de las actitudes antineutrales de los Estados Unidos, lo que la determinó, entre otras causas, a declarar la guerra submarina sin restricciores, accion que afectó seriamente el comercio ilícito que estaban haciendo los yanquis al amparo de una bandera neutral.

3.o Por error de cálculo de sus financistas que,—creyendo que Alemania poseía una capacidad de pago formidable,—previeron equivocadamente un negocio estupendo. En la discusión del Tratado de Versailles, se dieron cuenta que su castillo de naipes se derrumbaba rui-

dosamente. La bancarrota alemana sobrevi
imprevista, arrastrando a Francia primero, a
Inglaterra despues, y los Estados Unidos que
pagaron el «pato de la boda» como un justifica
do castigo a su desmedrada ambición y;

4.o Porque veian con horror y envidia el en
grandecimiento siempre creciente de la podero
sa nacion germana.

En la idea de reforzar la consideración 3.a
que precede, cabe recordar que los Estados Uni
dos atribuyeron importancia suprema a la cues
tion de las deudas de sus aliados. Las bajas ac
titudes del Congreso norteamericano de 1922
que exijia con rasgos acentuados de vulgar usu
rero la consolidación inmediata de las deudas
de sus recientes compañeros de sacrificios, y
la actuación de los representantes yanquis en
las comisiones de reparaciones, que aparecian
ante la faz del mundo como esos prestamistas
de nariz aguileña, uñas largas y ojos de lince
nos demuestran que los «defensores de la liber
tad, de la civilización y de la justicia» no iban
con tanto empeño tras la obtencion de esos idea
les, sino que los traia decisivamente preocupa
dos, la percepcion pronta de las utilidades obte
nidas en un negocio complejo y arriesgado.

Podría creerse que al hacer nosotros las acu

riores declaraciones, nos guiaría el propósito de defender a determinado ex-beligerante de la Gran Guerra. Léjos de esa idea, censuramos a todos. Si se lee a Le Bon en su «Psicología de la guerra europea» la razon se inclinaría a favor de los ex-aliados. Si pasamos nuestra vista por las memorias escritas por Guillermo de Hohenzollern. Tirpitz, Lüdendorf y el ex-Kronprinz, les creeriamos a los que fueron los imperios centrales coaligados.

Pero lo que no podrá confundirse jamás, es la actitud de Europa, que se batia en aras de la solución definitiva de sus problemas seculares, y la de los Estados Unidos que entraba a la acción en pos de finalidades pequeñas de lucro inmediato y de inconmensurable ambición. Nadie, sin apartarse de la verdad, podrá hacer una defensa sincera de la política que guió al pueblo yanqui a participar en la mas salvaje de las guerras.

¿Es creible que una nacion que es capaz de sacrificar la vida de centenares de miles de hombres en la realización de un vulgar negocio, puede hablarnos desinteresada y lealmente de la verdad de su amor por la causa americana? (1)

---

(1) 350.300 yanquis cayeron muertos en los campos de batalla de Europa, en defensa los millones de los capitalistas de Wall Sttret.

CAPITULO VIII

La absorcion

El imperialismo yanqui nos absorbe.
Es esta una verdad axiomática.
La política de los Estados Unidos en sus relaciones con sus vecinos del hemisferio, se basa en un Protectorado inmoral y deprimente que es repudiado enérjicamente por la opinion levantada de estas naciones. Comprenden perfectamente bien, que si no lo rehusan, la absorcion del imperialismo seguirá su curso, lenta en lo moral, rápida en lo material, infalible en ambos aspectos.

Ya no basta al insaciable pueblo norteamericano con arrebatarnos la riqueza de nuestros minerales y la savia fecunda de nuestros campos; quiere tambien llevarnos nuestra sobe-

día, enlazándonos «maquiavélicamente» con sus potentes cadenas de oro reluciente.

Echemos una brevísima ojeada al cuadro que nos degrada: Cuba, totalmente comprada con un mil cuatrocientos millones de dólares. Méjico defendiéndose bravamente, pero siempre encaminándose fatalmente a su venta. Chile, Argentina, Brasil y todas las demas repúblicas centro y sudamericanas, sumando un pronto de miles de millones.

Podría llamarse a esto bien propiamente, la invasion del dólar, pues léjos de disminuir, los empréstitos aumentan a sumas fantásticas. (1)

¡El cariñoso Tio Sam nos prodiga los dólares con todo afecto, paternalmente, siempre sonriente!

¡Siempre sonriente.....!

¿A donde vamos? ¿Hai todavia miopes que se niegan a penetrar en la situación?

¿No ven el enorme poder de la soberbia y gigantesca República que se yergue amenazante y dominadora, con su organización interna formidable, con su nacionalismo extremado, con sus manifiestas y descomunales ambicio-

(1) En los momentos que escribimos le sueltan 14.000.000 de dólares mas a Nicaragua y 20.000.000 a la Caja de Crédito Hipotecario de Chile.

nes de hegemonía y expansión?

Si a ese avance arrollador no se pone tra
dicto atajo sobrevendrá fatalmente el pavoro
desquiciamiento de las nacionalidades, que se
el comienzo inevitable del proceso póstumo
la absorcion total de los pueblos latinoameri
nos por los anglosajones republicanos del Con
nente.

Ya el gobierno yanqui usa formas despec
vas en su trato con nuestros países. Están t
seguros de su poder con respecto a nosotros
que hacen hasta abstracción de los formulari
diplomáticos, obrando solo como su concien
o sus intereses se lo indican.

I vamos anotando hechos concretos.

Los Estados Unidos tienen unos cuantos m
les de soldados de marina en Nicaragua. Es t
torio que los guía la intención única, de co
quistar para uno de sus agentes el puesto d
Presidente de la República. Llegado su agen
al Poder, les allanará el camino para el zarpe
del territorio necesario a la construcción del s
gundo canal transoceánico entre Nicaragua
Costa Rica.

Ya en Colombia habia pasado algo parecid
Eso si que esta Republica gritó.... gritó f
fuerte, que los yanquis se vieron en la nece

dad de taparle la boca con veinticinco millones de dólares, por el territorio amputado en la for. ma mas abusiva que registran los anales del Continente.

I siguen en sucesion alarmante sus acciones arbitrarias.

La intervención en Haití, en que han establecido un réjimen de la mas insoportable tiranía.

El nombramiento hecho por Roosevelt de un cobrador; para que percibiera los derechos de aduana recaudados en la República Dominicana y fuera cancelando a los acreedores. Ya decir, un tutelaje inmoral y ridículo ejercitado por los norteamericanos en indefensos países.

Han estatuido la intervención en derecho, (1) fundándose talvez en los precedentes trájicos que nos muestra la historia.

Son crueles tambien con los pobres pueblos que los mantienen bajo su férula.

El Presidente Coolidge ha tratado recientemente sobre la posibilidad de nombrar un Presidente en Santo Domingo, en forma que mueva a risa. EN UNA CARTA PRIVADA manifestò a

---

(1) A la intervencion le han cambiado nombre. La llaman «inter-posición». Creerán talvez que este último tèrmi no es ménos sugestivo.

otro personaje, dominicano que él no veía
buenos ojos el nombramiento de tal fun
rio; que en consecuencia debian abstenerse
esas actividades y contentarse con el Gober
dor o «manager» que les tenía designado

¡Ni mas ni ménos que se tratara del ase
inoportuno je un «chupe» de Oficina!

Los Gobiernos de la América Latina de
rechazar valiente y orgullosamente todo atro
llo a la dignidad nacional que les inflinja la
solente repùblica multimillonaria.

En la actualidad un pais cualquiera pide
nero en préstamo al Gran Dispensador del O
Este manda su emisario, que viene a ser a
así como un tasador. Dicho señor informa e
seguida minuciosamente a su gobierno. Si
«negocio no lo ven claro», piden los yanq
«garantias especificas»; esto es, una hipote
sobre las entradas de aduana, cuyo contr
fiscalizacion se reservan; ya el gravámen de
ferrocarriles del Estado, etc..

Así van «colándose» suavemente en la ad
ministración interna de los paises, hasta que lle
a anularla totalmente. Entonces ya no ru
exijen y ordenan; intervienen y castigan.

¡Es el proceso lento, pero seguro de la ab
ción!

Hace mui poco la altiva República Argentina acaba de darle a los yanquis una lección contundente. Quisieron enviar comisiones de expertos al extranjero, para que hicieran revisiones de la documentación del comercio exportador a los Estados Unidos.

Argentina replicó en forma que la enaltece. Notificó al gobierno yanqui que no garantizaba la seguridad de tales comisiones.

I las comisiones, por supuesto, que no pisaron el territorio argentino.

Parte de la prensa latina de América ha hecho algo por el americanismo. Los tres grandes rotativos de Santiago de Chile han cooperado con eficacia: «La Nacion», «El Mercurio» y «El Diario Ilustrado». En Buenos-Aires han sido heroicos «La Prensa» y «La Nación». Otros órganos centro y sudamericanos, tambien han actuado con brillo en la campaña sublime de coordinación espiritual americana. Como también ha sido valiosa, en tal sentido, la labor de Ingenieros, Manuel Ugarte, Walker, Joaquin Edwards y muchos otros cuyos nombres anhelamos estamparlos.

Pero pasa de repente la ráfaga acusadora y viene después el silencio.

¿Temor a algo a alguien? ¿Incapacidades?

¿Claudicaciones?

¡Cuidado pueblos viriles de la latina América, no teneis derecho a renunciar cobardemente a vuestra raza!

CAPITULO IX

La defensa

Hemos sumado las cifras que indican la población de los diversos pueblos latinoamericanos y hemos llegado mui cerca de los noventa millones de habitantes.

Hemos calculado enseguida la superficie total de sus territorios y obtenemos una cifra cercana a los veinte millones de kilómetros cuadrados.

Esto nos demuestra la existencia en América de una agrupación de naciones digna de tomarse mui en cuenta; pues, si bien es cierto que unidos esos pueblos en una gran Confederacion se asegurarian en definitiva el equilibrio mundial, no lo es ménos que forzozamente pasarian a figurar en el concierto internacional, como

ura organización capaz de hacerse respetar y considerar mui seriamente aun por las «potencias de primera categoría».

El éxito de la grandiosa jornada unificadora de los pueblos de orígen latino de América, dependería del desarrollo concienzudo de un plan bien definido de accion conjunta.

Eso si que la obra debería ser empezada sin pérdida de tiempo.

Propendamos desde luego, al aumento de nuestra poblacion trayendo gente escojida de Europa. Lèjos de temer a esta inmigración hai que fomentarla intensamente.

De la mezcla de latinos americanos, verbigracia con daneses, alemanes, suecos, finlandeses, franceses o rumanos, surgiría una generación brillante, capaz de elevar rápidamente nuestro coeficiente de civilización.

Por lo demas, hai necesidad de mucha gente para repoblar nuestros inmensos campos (1).

El aumento de brazos propendería valiosamente al incremento de la producción, lo que siendo una de las bases primordiales de la economía de los pueblos, daría a la América Latina un

---

(1) La América Latina registra un término medio de habitantes por Km. cuadrado; Alemania 100, Bélgica etc.

absoluta independencia y grande holgura econó-
mica.

«Nuestra civilización descansa sus cimientos
sobre la salud, la fuerza de nmcción y la pleni-
tud de la vida del campo, tanto como en la pros-
peridad de ésta», decia el ex-Presidente Theo-
dore Róosevelt.

Ahora bien, serian necesarias otras medidas
salvadoras; por ejemplo, la explotacion por el
Estado de las grandes minas, para evitar la in-
quiere sacar aquí el 1000 % de utilidades.
tromision funesta de ese capital extranjero que

Vendría así un resurgimiento inmediato por
el regreso del oro.

Se imprimiría movimiento a las industrias y
esaría el torrente espantable de dinero que
echamos, diariamente, en el insaciable tonel de
las Donaides que son las importaciones y el en-
gorroso servicio de los empréstitos.

En una palabra: podriamos exhibirnos ante
el mundo como estados realmente libres y sobe-
ranos.

La América Latina cubre en el globo una
gran extensión. En su suelo fructifican los pro-
ductos mas variados de todos los climas. Sus hom
bres están estrechamente unidos por fuertes vín
culos raciales, y en el presente, solo ligeras nube-

cillas obscurecen su horizonte.

Nada se opone al enlazamiento de los supremos destinos de estos pueblos.

La sublime empresa de la unificación de los estados latinos de la América, encontrará en su camino obstáculos que se creerán a primera vista insalvables, pero que irán siendo despojados paulatinamente. Para ello será menestar ilustrar a los pueblos, eliminar las disputas pendientes, prevenir las del futuro, anular los formidables intereses creados, debilitándolos, y batir los torpes y arraigados prejuicios.

El peor enemigo es la inercia.

Necesitamos hombres convencidos y activos que iluminen la conciencia popular de aquellos paises, haciéndoles ver los superiores destinos que les tiene señalado la naturaleza, dentro de la integral organización humana.

La acción debe ser, en todo caso, uniforme y avasalladora.

Por desgracia, el sano optimismo de las tendencias de armonía y unificación de la latera América, se ve supeditado, mui a menudo, por el enfermizo pesimismo de aquellos que ven en la proyectada Confederación, solo el detalle aquel, que podría interpretarse como un desprendimiento de determinadas funciones inherentes

a la autonomía de un estado.

Debe desterrarse para siempre tan torpes argumentaciones. No hai renunciación posible, cuando se trata de la idealidad excelsa de propender a la defensa común de una raza.

Algunos pasajes entresacados de la Declaración de la independencia de la Cardina del Sur, durante el periodo de la guerra de secesión, I que se refieren a la formación de la Unión norteamericana, nos darán el precedente que viene al caso.

Dicen así: «Reconocida la declaración de la independencia (de los diversos países que forman actualmente los Estados Unidos de Norte-América), cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una Constitución y nombró funcionarios para administrar el gobierno en los departamentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender a la comun defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de «Artículos de la Confederación», por la cual convinieron en confiar la administración de las relaciones extranjeras a un agente común, al que se llamó Congreso de los Estados Unidos, declarándose solemnemente que cada Estado debería con-

servar su soberanía, libertad e independencia y todos los poderes y derechos no delegados en el referido Congreso de los Estados Unidos.»

.....

«Si de los trece Estados hubieran concurrido solo nueve, dicho se está que los otros cuatro seguirían siendo Estados separados e independientes de la Constitución de los E. E. U. U., y sabido es, que dos de aquéllos no la reconocieron hasta mucho tiempo despues de haberla adoptado los otros once, en cuyo intervalo obraron como nacion independiente.»

.....

«El objeto de la Constitución (de los nuevos Estados Unidos), era formar una union mas perfecta, dispensar justicia, atender a la defensa común, protejer los intereses públicos y asegurar los beneficios de la libertad.»

«Del cumplimiento de todo esto debía encargarse el gobierno federal, quedando cada Estado libre de regirse por sus propias instituciones.»

En las líneas transcritas, están esbozadas concisamente las ideas básicas, que podrian servir tambien, a la iniciación del plan de unificacion de los estados latinoamericanos.

¿Habría razonamientos de fondo, francamen-

re demoledores, que se opusieron a la propues-
da organización confederada?
¿Constituirían los problemas limítrofes pen-
dientes un obstáculo a la union?
¿Sería la discusion del importante detalle de
la ubicacion y residencia del organismo guber-
nativo ceutral, la piedra de tope de las dificulta-
des?

Un plan de magnitud tan trascendental, tie-
ne que ser lójicamente entorpecido,—como ya
lo dijimos,—por la acción oposítora de la rutina, de los inveterados prejuicios y de los siem-
pre perniciosos y temibles intereses creados.

Será pues menester una reacción enérjica.

Habrá de librarse una batalla sin cuartel.

Los hombres de cortas visuales, solo verán
las serias dificultades inmediatas y se borrona-
rán, ante la sola idea de pretender unificar
las diversas corrientes políticas de tantos pue-
blos.

Se tomarán la cabeza a dos manos, pondrán
el grito de bueyes abogados y exclamarán con vo-
ces proféticas que el proyecto es irrealizable.

Los miopes, los mentecatos y los obtusos se-
rán, pues, un obstáculo a la realización de los
sublimes anhelos de unificación de las naciones
de habla española y portuguesa de la América.

Desgraciadamente los seres de mentalidad de bil abundan como la langosta, segun la obra de Stod'ard.

Habrá que ilustrar entonces a las masas.

Así la tarea queda, casi toda entera, en manos del intelectualismo.

La prensa, con sus modernos y podedorosos medios de difusión de las ideas; con su ascendiente legítimamente ganado en la opinion pública universal; con sus colaboradores inteligentes y escojidos, que laboran en el silencio de las redacciones la fisonomía moral de los pueblos;

el libro, que deja honda huella en ei espíritu, que moldea las personalidades; que genera la convicción profunda y letrada; que habla a los sentimientos y que determina el raciocinio en los cerebros;

la tribuna, que despierta el entusiasmo en las multitudes; que levanta el ánimo decaido, que retempla los espíritus y los alienta a la acción.

Todos estos elementos valiosísimos, que son el producto esencial de la intelectualidad buena, cooperarán en la prosecucion del plan excelso.

Por otra parte, a las estadistas actuales de las repúblicas latinoamericanas, les incumbe

na actuación positiva inmediata.

Serian, verbigracia, inavaluables aportes a la obra fraternal, la institución del libre cambio y libre tránsito en el Continente; el fomento oficial de toda propaganda que tienda al acercamiento de nuestras repúblicas; las conferencias, entre los Estados, alternadas en períodos mas breves; etc. etc.

Como se ve, la defensa debe ser organizada sin dilaciones, concurriendo a ella con la cooperación positiva de todos los valores.

Ya hemos visto que la absorción yanqui va «in crescendo», y que nos amenaza con la superditación total a corto plazo.

Antes de 1914, en Inglaterra se veía venir la invasion alemana. Todas las fuerzas vivas de la nación británica, con sus organizaciones armadas a la cabeza, se mantenian alertas, ante el grito previsor de: «Am Tagdie Deutschen kommen».

Así tambien aquí en la América Latina el grito de defensa debe ser: «UNAMONOS. EL IMPERIALISMO YANQUI NOS ABSORBE».

Sería imponente el cuadro grandioso de la unificación perpétua de los Estados iberoamericanos.

El advenimiento a la vida mundial de la nue-

va Gran Confederación, sería saludado con bim nos glorificadores por nuestros hermanos latinos de la Vieja Europa. Vislumbrarían, solo entonces, posibilidades de perpetuación y de fortalecimiento del poder racial que engendra la idiosincracia de estos Pueblos Elegidos.

CAPITULO X

Consideraciones finales

Nos ha guiado hasta aqui, el solo propósito de definir en breves razgos, la fisonomía moral de los Estados Unidos en sus relaciones con los pueblos de Ibero-América.

No hemos sido inspirados por un sentimiento de odiosidad hácia los ciudadanos de la Gran República del Norte. Particularmente los admiramos y como Nación, declaramos sin ambajes, que estimamos su organización general interna, como un modelo de lo que debe ser en una verdadera democracia.

Sus prácticas y custumbres originales, divorciadas de los prejuicios estultos, alientan vigorosamente la iniciativa privada.

Al reves de muchos pueblos que lo esperan todo del Estado, los yanquis solo pídenle una significante ayuda para la empresa que ejecu-

tan, reembolsándosela con creces, cuando se tornó efectiva la explotación del negocio que abarcaron.

Su espíritu utilitario y mercantilizado los impulsa a las obras mocumentales.

Su nacionalismo lo llevan a extremos inconcebibles.

En su orgullo infinito, se tornan hoscos, poco sinceros, egoistas y hasta groseros con las demas naciones.

No hay maldad preconcebida en ello; es la manifestación próxima de su temperamento racial.

En su afán dinámico de abarcarlo todo, de dominarlo todo, de absorberlo todo, de «quebrar» todos los «records,» no trepidan en los medios.

Se inspiran en la Doctrina de Maquiavello en sus empresas.

Necesitan construir el Canal de Panamá, dirijen sus cañones a Colombia y le intimidan: «Manos arriba. La Zona del Canal o la vida.»

I la pequeña República siente el feroz latigazo del asalto a mano armada. Se indigna; clama a la justicia inmanente.

Los yanquis no creen en esa justicia. Saben que no hai mas justicia que la que espaldean sus

proyectiles de cerca de dos metros de alto.

Pero como los colombianos continúan «chillando» les dan una propina y «san se acabó».

Es que ellos creen solo en el perjuicio material.

No avalúan el daño moral: la ofensa a la dignidad nacional, el ultraje a la soberanía, etc.

No entienden estas cosas. Son sentimientos típicales que no tienen la menor importancia para ellos.

Reconocemos que el pueblo de los Estados Unidos ha progresado rápidamente. En pocos años ha dado pasos gigantescos. Su población era en 1776 de 4.000.000 de habitantes. Hoi pasa de 110.000.000.

En todo caso, esto no justifica su política imperialista y absorcionista para con nuestros pueblos. Deben saber que repudiamos enérjicamente su Protectorado; porque al erguirnos como pueblos libres y soberanos, entramos a la mayoría de edad. De esto hace mas de cien años.

Tampoco aceptamos redentores, porque es difícil saber cuando son verdaderos o falsos. Todo nos inspira poca confianza, un Redentor que se hace escoltar por una Flota formidable y por 4 o 5 mil aviones de combate.

Preconizamos la union de estos pueblos

latinos de la Amèrica, es precisamente para oponernos al avance lento pero seguro, de ese Redentor armado.

Ahora bien, los Estados Unidos han abarrotado nuestros mercados. La intensa y continuada propaganda yanqui los ha atosigado y ha logrado abrir paso, repetidas veces, a artículos manufacturados de ínfima calidad, que son el «quebradero de cabeza» de nuestros importadores.

Inglaterra, Francia, Alemania, España e Italia, se quejan con justicia que Yanquilandia les cierra nuestro mercado. Grandes financistas europeos, como el inglés Mr. R. J. Hose, preconizan que sus respectivos gobiernos, deben conceder toda la importancia que merece, el capítulo de la exportación a la América Latina, apresurándose a dictar, cuanto antes, leyes proteccionistas de ese comercio.

Creemos con firmeza, que si los gobiernos de ultramar se inspiran en la política que plantea Mr. Hose, y a la par que la exportación de sus productos, fomentan la importación de los nuestros a sus excelentes mercados, no dudamos se habría dado un paso decisivo hacia el mejor entendimiento nuestro con los pueblos del Viejo Mundo.

Ahora si los Estados Unidos quieren ser nues-

tros amigos, en buena hora.

Si nos guardan el respeto y las consideracio-
nes debidas a un DUEÑO DE CASA, los recibire-
mos con los brazos abiertos.

Si, EL cambio, con planes solapados, insolen-
cias o actitudes atropelladoras amenazan nues-
tra soberanía, o persisten en arrasar con nues-
tras riquezas, ha sonado la hora de darles con
la puerta de calle en las narices.

Hoi dia en diversos puntos del Continente
nos están extrayendo las riquezas naturales de
nuestro suelo. Aquí mismo, en Chile, se están
llevando el cobre y otros metales (1) I ya otra
empresa, tambien yanqui, ha lanzado sus viras-
les sobre el petróleo de Lonquimay.

No abogamos por la prohibición de la explota-
ción extranjera de nuestros minerales. Pero ve-
mos indignados el hecho de que nuestros paises
grandes productores de materias primas, están
haciendo un papel mui parecido al de los indí-
genas de la zona austral de Chile, que han sido
esquilmados miserablemente por la usura de
inescrupulosos comerciantes extranjeros. (2)

(1) Chuquicamata, Potrerillos, «Santiago Mining,» etc.

(2) Principalmente los mercahifles vascos de baja estofa,
que han logrado formarse grandes fortunas mediante la ex-
plotación inicua de los aborigenes de Chile.

En efecto, uno de sus negocios consiste en comprarles a los araucanos sus trigos «en hierba» a precios ridículos. La falta de capitales obliga a los pobres indijenas a hacer estas operaciones desgraciadas, que llenan de dinero los bolsillos de sus cínicos explotadores.

Acontece enseguida, por lo general, que el mapuche, debido a circunstancias varias e imprevistas, no puede cumplir totalmente con el compromiso de entrega de la cantidad de cereal vendida. Entonces se le obliga a pagar al año siguiente diez o mas veces la cantidad real que quedó adeudando. La operación se repite periódicamente en la época de cosechas.

En esta forma van «encalillándose» año a año. Hasta que llega un momento en que los araucanos están completamente vendidos a los audaces mercachifles extranjeros y deben trabajar solamente para ellos.

Como se vé, es también un proceso de absorción extranjera de los campos araucanos del sur de Chile. (1)

Algo mui parecido pasa con los yanquis en todos los paises de la América Hispana.

Las empresas mineras de importancia requie-

(1) Afortunadamente el Gobierno de Chile está ahora empeñado en poner coto al fenomenal abuso.

ren grandes capitales. Esos capitales no los te-
nemos.

Llegan entonces los yanquis sin competidor,
(1) extraen nuestras riquezas, se las llevan. I
nosotros quedamos «tamborendo en un cacho,»
felices y mui satisfecnos con la suma insignifi-
cante que nos pagan por impuestos, que la ma-
yoría de las veces, hasta lo «trampean». (2)

Las utilidades que obtienen despues en las
negociaciones de nuestras riquezas naturales,
nos las prestan con «garantias especificas» y a
buen interés. Tambien nos mandan nuevamente
nuestra materia prima transformada en maqui-
narias, pero ya elevada a precios exhorbitantes.

Así nos succionan lentamente nuestro dine-
ro, nuestros productos agrícolas, nuestras rique
zas naturales; en suma: nuestra vitalidad.

Llega el momento, en que solo el «servicio de
la deuda» se nos hace insoportable. Toda nues-
tra organización financiera oscila.

Entonces con toda oportunidad, el nuevo em-

---

(1) Según recientes estadísticas los Estados Unidos tie-
nen en su poder cerca de la mitad del oro del mundo

(2) Recientemente el Fisco Chileno acaba de transar un
juicio por cobro de impuestos a una campaña minera yan-
qui que adeudaba cerca de 25.000.000 de pesos.

préstito yanqui nos salva.

¿Nos salva?

Nos hunde cada vez mas, en el abismo insondable de la bancarrota y nos entrega maniatados a ese capitalismo terriblemente calculador y absorbente.

¡Ni mas ni ménos que el proceso que entrega a los injenuos mapuches en manos de los mercachifles extranjeros!

¿I el remedio?

La accion proteccionista de los Estados latinoamericanos a la accion de las empresas mineras nacionales y enseguida la nacionalización de sus industrias.

El ideal sería la explotación intensiva de nuestras riquezas por el Estado; aun cuando se cree que éste es mal administrador de empresas comerciales.

En todo caso no hai que perder de vista, que hai una comunion estrecha entre la prosperidad o decaimiento de las grandes firmas comerciales y la vida económica de los Estados. Así, por ejemplo una baja de las acciones de la Armsconda Minning, de la Chile Exploration, de la Standard Oil, etc., influye en el organismo financiero de los Estados Unidos.

Deben, entonces, preocuparse mui seriamente

los gobiernos latinoamericanos de la explotación de sus incalculables riquezas naturales, pues ello tiene alcances transcendentales por cuanto afecta supremamente la vida independiente de nuestras pequeñas repùblicas.

Insistimos, pues: si los yanquis quieren ser nuestros amigos sinceros, tienen que darnos primeramente pruebas irrefargüibles de su lealtad.

En primer término, no deben poner vallas al resurjimiento de estos pueblos prestándoles dinero en sumas fantásticas. Saben mejor que nadie que ese dinero no lo podremos devolver nunca, porque en la actualidad nuestra capacidad financiera es insignificante.

Si quieren realmente ayudarnos ¿porqué no vienen sus grandes capitales a emplearse en obras que signifiquen positivo adelanto de nuestros pueblos en vez de facilitarnos préstamos subidos, absolutamente garantidos y a un pingüe interes?

Como ya lo hemos afirmado, los capitales yanquis solo llegan a nuestros paises, cuando ven aquí clara la expectativa de obtener las utilidades del agenciero. Esto no es amistad.

¿De qué nos puede servir que una distinguida señora Mrs. Heloise Brainard, venga en comisión de la Union Panamericana, a hablarnos

del cariño que nos profesan allá en Estados Unidos, cuando estamos viendo que sus actitudes declamatorias no podrán ser sinceras, mientras sus compatriotas no procedan con nosotros con espíritu franco y generoso?

¿Qué pueden influir en nuestro ánimo decepcionado, las altisonantes frases de estimación que nos espeta el señor Hughes, cuando vemos diariamente que todos los actos de su gobierno se inspiran en la idea del lucro y en la explotación constante de nuestros pueblos?

I como muestra presentamos un boton.

Brasil necesitaba una mision naval para la instrucción de su Marina de Guerra.

Una fuerte corriente de la opinion brasilera habia vuelto sus ojos a Inglaterra, para pedirle su cooperación.

Sabedor de esto, el gobierno yanqui movió en el acto, activamente a sus agentes, logrando tras breves gestiones, que el Brasil aceptara marineros norteamericanos para que integraran la referida Misión Naval.

Argentina miró con malos ojos esta maniobra.

Entonces los Estados Unidos explicaron su actitud.

Previendo ellos que, al nombrar el Brasil, instructores ingleses, estos recomendarian a los

brasileños la firma con Inglaterra de los contratos de construcciones bélicas, creyeron de elemental principio utilitario no dejar irse este «negocito».

¿No conocía el gobierno yanqui las malquerencias latentes entre brasileros y argentinos?

I si las conocía, ¿en qué quedaban sus declaraciones sobre la política de igualdad amistosa que declaran seguir con nuestros países?

¿I las declaraciones sobre prohibicion de la agresión entre estados americanos?

Se presentó el caso curiosísimo que la misma nación que nos obliga a mantener la paz, nos manda guerreros para que instruyan a los nuestros, y enseguida nos vende armamentos, porque no quiere que otra Nación de Europa, venga a hacer esa clase de negocios con sus protejidos de este lado del Atlántico.....

¿Es esto sinceridad?

Ahora bien, dice el señor Hughes (1) en uno de sus numerosísimos discursos de paz: «AL PROMOVER CONDICIONES DE ESTABILIDAD, no amenazamos la independencia de las repúblicas centro americanas, sino que tratamos de preservarla.»

---

(1) Secretario de Estado de los E. E. U. U.

¡Que encantadora manera de «promover condiciones de estabilidad!»

Interviniendo a sangre y fuego, violando la soberania de los pueblos, atropellando todos los derechos de las naciones libres y asesinando a los centroamericamos rebeldes» a sus procedimientos, es como creen los yanquis que «promueven condiciones de estabilidad» en nuestros pueblos.

Gritamos por última vez, mui en alto, que a nuestro temperamento latino repugna abiertamente todo acto arbitrario.

Estimamos como tal, la intervencion y el protectorado yanqui en nuestros paises.

A este respecto, estamos—mientras no exista el Tribunal de q' hablamos anteriormente—con la doctrina sustentada por el internacionalista Vattel: «Es permisible que todo estado libre y soberano decida, en conformidad con su conciencia, la conducta que sus obligaciones nacionales le imponen, lo que puede o no puede hacer en justicia. SI OTROS PRETENDEN DICTAR SU ACTITUD, ATACAN SU LIBERTAD Y SE INMISCUYEN EN SUS MAS SAGRADOS DERECHOS.»

Si los yanquis no aceptan esta doctrina, conveniente será que reaccionen pronto.

De otro modo, América Latina se erguirá so-

inmediate, congregará sus huestes, las formará compactas alrededor del albo Estandarte de la Libertad y las opondrá con el máximun de energía al avance imperialista anglosajon, para sellar, una vez más, con la sangre si fuere necesario, su independencia y soberanía.

CAPITULO UNICO

Vision del futuro

La guerra entre la Confederacion Latinoamericana y los Estados Unidos de Norte-América

Los nuevos elementos de destrucción.

Corren los dias del año 1978.

La atmósfera en todo el Continente americano se ha hecho irrespirable. Es el anuncio pròximo de la gran catàstrofe.

Corrientes de feroz animadversion cruzan en direcciones opuestas el hemisferio occidental. La ruptura se vé venir inminente.

La lucha se prevee infernal; hay equiparación de fuerzas y los elementos nuevos de destrucción que se emplearán son de un poder ultra-formidable.

No es aventurado vaticinar el desaparecimiento definitivo de la nación derrotada.

Los Estados Unidos de Norte-América y la Confederación Latino-Americana estan frente a frente, dispuestos a la lucha.

De un momento a otro se producirá el choque que definirá la supremacia de dos razas.

La organización guerrera de las naciones ha cambiado sustancialmente.

Los ejércitos terrestres han sido reducidos al extremo de ser relegados a funciones policiales internas.

La ya mui próxima lucha se desarrollará en el aire y en el mar. En todo caso decidirá la victoria la nación que primero domine el espacio.

Los objetivos principales serán los grandes centros de población y las bases de operaciones navales y aèreas. Ha preocupado pues seriamente a los estados mayores, las complejas y numerosas obras tendientes a garantizar la invulnerabilidad de tales objetivos.

Las ciudades de mayor importancia han sido guarnecidas con novísimos elementos de defensa. Los edificios principales recubiertos con los «blisters» reformados, con sus estanques químicos que neutralizan los explosivos, gases y líquidos deletèreos.

En los puntos estratégicos, ubicados los gigantescos tubos de aire comprimido, lanza-bom-

bas de gases super-activos de un poder venenoso brutal.

Igualmente se ha emplazado en los puntos de observación, los lanzadores de ácidos disolventes, capaces de liquidar en breves segundos el mas consistente de los metales.

Una curiosa arma, de nueva invencion y de efectos siniestros, que ha sido destacada en sitios apropósitos, son las temibles estaciones radio-eléctricas, emisoras de ondas y descargas poderosísimas. La potencia horrorosa del golpe eléctrico, derriba cuanto encuentra a su paso en una circunferencia de cincuenta metros y a una altura de 10.000

La artillería antiaérea ha llegado tambien a un grado increible de perfeccion, apesar de que las fantásticas velocidades y la disminución de las dimensiones de las máquinas voladoras, hicieron creer en la imposibilidad de batirlas con èxito desde tierra.

La sentencia de que «toda arma ofensiva es una defensiva» se ha cumplido matemáticamente. Las máquinas aéreas modificaron por entero su estructura; presentan el minimun de blanco, y llevan sus ataques sin piloto, dirijidas radiomecánicamente, convertidas en verdaderos torpedos aéreos con cargas explosivas suficientes

para volar una ciudad, y moviéndose a velocidades vertiginosas. Los aviones helicópteros con piloto, están dotados de tubos y mangueras lanza-ácidos y de «condensadores» para anular los efectos de las descargas eléctricas.

El avion de combate es el arma endemoniada, que parece haber sido creada para servir como instrumento exterminador del mundo.

En el mar tambien se ha modificado el armamento. Las poderosas fortalezas flotantes y sumerjibles, con eficaces cubiertas protectoras, y con notables refuerzos del casco, con cuatro capas de compartimentos celulares y un nuevo y eficaz dispositivo para anular todo ataque submarino, vinieron a reemplazar a los antiguos «superdreanoughts.» Las fortalezas de mar estan dotadas de variadísimos sistemas ultra-potentes de ataque y desarrollan un andar asombroso. Cooperan a la acción de ellas, los extraños hidroaviones sumerjibles, que estan dotados de sensibles radiobidrófonos emisores y receptores. Su sistema de reflotacion es sencillo. Sus aparatos perfeccionadísimos ultra-detectores y localizadores, estan capacitados para determinar a enorme distancia, la presencia, características y dirección de cualquier embarcación, datos que son transmitidos en el acto a la fortaleza base

respectiva para que inicie el ataque.

Estan en uso tambien, las poderosas estaciones electricas submarinas, que consisten en una especie de boyas gigantes, colocadas bajo el nivel del agua y en cuyo interior, mediante el aprovechamiento de la fuerza motriz del mar, hace accionar dinamos de gran poder. Se obtiene así una corriente eléctrica de una fuerza tal que impide absolutamente el paso de toda embarcación, por el sector que se quiera cerrar al enemigo.

Con todos estos elementos terroríficos de combate, se iniciará la Guerra Aérea que fatalmente, ya se presagia.

Las fuerzas de los posibles beligerantes

La Confederacion Latina de América dispone de 35.000 máquinas voladoras de combate, 10 000 de estas, son de dirección radiomecánica. Dispone ademas de 10.000 aviones extrarápidos, capaces de desarrollar una velocidad media de mil kilómetros por hora. El resto está compuesto por escuadrillas de aeroplanos helicopteros, plegables, naves aéreas porta-explosivos y ácidos, etc.

Las fuerzas confederadas latinas estan fra-

cionadas en seis grandes Divisiones aéreas de Combate, que tienen respectivamente su base de operaciones en Galàpagos, Isla de Pascua, Carolinas (cedidas por Japon), Maracaibo é Islas de San Pedro y San Pablo.

Los Estados Unidos del Norte cuentan con 40.000 máquinas de aviación, 12.500 radioaviones, 12.500 extra-rápidos, y el resto de los mismos tipos de los de la Confederacion.

Tambien han agrupado sus fuerzas en seis grandes Divisiones; ubicando sus bases en las Alentianas, Porto Rico; San Diego, Hawaii, Guam, é Islas Filipinas.

La Escuadra Naval estadounidense se ha dividido en tres flotas. La Flota Monstruo, compuesta de 60 fortalezas flotantes y sumergibles; 300 cruceros de batalla de diseño originalísimo; 200 buques porta-aviones helicopteros, a prueba de inmersión; 50 destroyers (de una velocidad increible, capaces de formar en pocos minutos una cortina de ocultamiento de varios kilómetros) y 150 aviones sumergibles.

Comanda esta flota el Admirante Collier. Tiene su base en Hampton Road, con radio de acción en el Atlártico.

Las otras dos flotas yanquis disponen de una fuerza equivalente, mas o ménos, a una cuarta

parte de la Monstruo y ejercitan su radio de vijilancia, una, entre el antiguo Golfo de Alaska, hasta la ifnea Honolulo-Felipinas; y la otra, entre San Francisco, Golfo de California, Canal Zone, costa del Pácifico hasta Tahití; teniendo sus respectivas bases en Seattle y en un puerto militar ubicado en San Francisco Bay.

La Gran Escuadra confederada, mandada por el Almirante Froden está casi equiparada en fuerza. Dividida como la yanqui en tres flotas. La Grande tiene su base en Rio de Janeiro. Las otras dos operan en el Pacífico.

La lucha

La declaratoria de guerra notificada al Gobierno de los Estados Unidos a las 10 de la mañana del 16 de Agosto de 1978, no sorprendió a nadie.

Sin perder un minuto de tiempo, la Flotilla Confederada ubicada en la base de Maracaibo. recibió órden inmediata de zarpe hacia el Istmo de Panamá, con la mision expresa de intentar la toma de posesion del gran Canal o en caso adverso de terminar su destrucción; para enseguida en dilgar rumbo al Canal transoceánico de Nicaragua e intimar la rendición de las fuerzas yanquis destacadas en ese punto, con el apo-

yo de la Gran Flota latina confederada que iba en marcha forzada hacia el Golfo de Mèxico.

El Comando en jefe yanqui previendo este movimiento, dispuso que la Division San Diego destacará en el acto, dos fuertes escuadrillas de aviones extra-rápidos con la tarea de oponerse tenazmente a todo intento de ataque por fuerza aérea enemiga a las obras de ambas vias transoceánicas.

Tomó tambièn otras rápidas medidas tendientes a reforzar principalmente la defensa de los canales.

Al mismo tiempo la Division ubicada en Hawaü emprendió rumbo, con el màximun de velocidad hacia la base confederada de Galápagos.

El ataque yanqui, como se ve, era arrollador.

Sus Divisiones Guam y Filipinas se dejaron caer sorpresivamente sobre la base Carolinas, ocasionando daños de consideración. En represalia a este asalto, una flotilla rebelde de la misma Division confederada, atacó y castigó duramente a la agrupación aérea Filipinas, que además de haber recibido bastante perjuicio en Carolinas, habia efectuado un largo recorrido; siendo derrotada y anaquilada totalmente a la altura de las Islas Marshall.

La artilleria aèrea y las estaciones eléctricas

de la base Carolinas batieron, por otra parte, fieramente a la Division Guam.

Mientras acontecian estos hechos en sucesion asombrosa, la Flota Monstruo yanqui navegaba mil millas al Sur-Este de las Bermudas, con rumbo a Rio Janeiro. Con seguridad, que ya habia sido informada de la caida en poder de los confederados los canales transoceánicos, porque efectuó un movimiento estratégico, que nacia suponer se preparaba para resistir a fuerzas provenientes del *sur*. Efectivamente, la flota latinoamericana no alcanzó a participar en los combates de Panamá y Nicaragua, por lo que la Flota yanqui fué avisada por sus aviones sumerjibles exploradores, que la Gran Flota enemiga, se dirijia a toda máquina en dirección al Golfo de Mexico.

Las dos gigantescas escuadras se encontraron a quinientas millas de las Barbadas.

El combate fué rapidísimo. Se agotó en breves horas el inmenso poder destructor de los combatientes

Debido a un movimiento táctico erróneo de una de sus escuadrillas de evoluciones, la Flota confederada se vió en peligro inminente de perder gran parte de sus elementos. Afortunadamente la llegada oportuna a la zona de combate

de las Divisiones aéreas de San Pedro y San Pablo vino a definir mui pronto la victoria de los confederados, que pudieron presenciar atónitos la acción indescriptible de las terribles máquinas del espacio, vomitando torrentes de explosivos y ácidos que abrian honda brecha a la Flota yanqui. Contribuyendo tambien a la derrota de los yanquis en Barbadas, el atraso de la División Guam, q' llegó horas despues a Porto Rico

El mismo dia se conocía en todo el mundo el desastre naval de las Barbadas y la caida de los canales transoceánicos en poder de la Confederación Latina.

La loca rapidez de las operaciones, debido a las velocidades fenomenales de los elementos de combate, imprimian a esta guerra carácteres endemoniados, nunca vistos, ni jamás soñados.

Cuando la tromba colosal de las Divisiones aéreas caía sobre algun ciudad; las terribles máquinas voladoras cubrian el espacio en extensiones fantásticas.

Ciertos acontecimientos que narraremos brevemente, inclinaron definitivamente la balanza de la victoria en favor de los confederados.

La Flotilla Divisionaria yanqui de Alentianas extravió su ruta, cuando se dirijía a la Bahía de Hudson, internándose en el Mar Artico

y viéndose obligada a aterrizar, ya sin combustible, en la solitaria e inhospitalaria Isla Melville, donde pereció mas del 80 % de la tripulación por la acción del hambre y del frio.

Al mismo tiempo, las dos flotas navales yanquis del Pacífico, fueron embotelladas en el Golfo de California y aniquiladas por las dos flotas confederadas del Pacífico, secundadas con éxito, por la acción formidable de la División aérea de Galápagos, desprendida triunfalmente del ataque sorpresivo que dias antes recibiera de la yanqui Hawaii.

Se habia reservado el empleo de la poderosa Division Isla de Pascua, pues se tenia conocimiento del plan enemigo que era apoderarse «a outrance», de esa importante base confederada.

En efecto, las unidades yanquis Porto Rico y Guam, emprendieron vuelo hacia la costa sur occidental de América, con el decidido propósito de bombardear Quito, Lima y Santiago de Chile, rebaciéndose enseguida para el asalto a Pascua.

Avisado oportunamente el Comando en Jefe de la Confederación Latina, dispuso que tres fuertes escuadrillas de la Division Maracaibo, que esperaba órdenes en el Itsmo, partieran a velocidad forzada, a fin de entorpecer con un

combate dilatorio el bombardeo de las capitales de los Estados confederados, y dar tiempo así tambien, al avance de las fuerzas de Pascua que ya habian dirijido pros al continente.

Simultáneamente con este movimiento, el Comando confederado lanzó hacia Washington y New-York, quinientas naves aéreas radioeléctricas, cargadas con miles de toneladas de explosivos, bombas de gases deletéreos, ácidos disolventes, etc.

El plan latino-americano culminó con el éxito mas lisonjero. Las fuerzas yanquis fueron reducidas a ceniza a la altura de Lima, cuando ya habian liquidado a Quito y se disponian a exterminar la capital del Estado del Perú.

En cuanto a la becatombe dantesca del bombardeo de Washington y New-York, no es para descrita. Los altos rascacielos eran desprendidos desde sus cimientos y elevados a considerable altura; se fraccionaban en mil pedazos, desplomándose enseguida con estrépito de infierno. Parecia que el fragor ensordecedor del combate repercutia en todos los ámbitos de la tierra.

Las descargas eléctricas y las explosiones que alumbraban el espacio con destellos escalofrian tes hacian creer en el fin del mundo.

Solo habian trascurrido seis dias del que se

declaró la guerra, y ya se notaba un extraño cansancio y agotamiento en los pueblos.

Las gentes extenuadas de correr despavoridos por las ciudades, campos y montañas, imploraba a gritos la cesación de hostilidades.

Sin embargo, se organizaron todavia varios ataques a ciudades y centros de operaciones, pero ya la victoria estaba en manos de la Gran Confederacion Latino-Americana.

Al fin, la paz fué impuesta a los Estados Unidos.

La lucha habia durado diez dias. La Guerra Química y Aérea de 1978 habia sido, pues, cortisima. Apésar de ello, habian ya sucumbido millones de hombres y se habian causado daños materiales incalculables que pesarian durante siglos sobre el pais derrotado.

La insolencia de los imperialistas vecinos del norte habia recibido la mas severa de las sanciones.

La civilizacion norteamericana que habia llegado a la cùspide de su apogeo antes de la Guerra Aérea, iniciaba ahora trájicamente el proceso de su decadencia.

Sus grandes centros de población en ruinas, sus campos devastados y su población diezmada, presentaban el cuadro espantable del de-